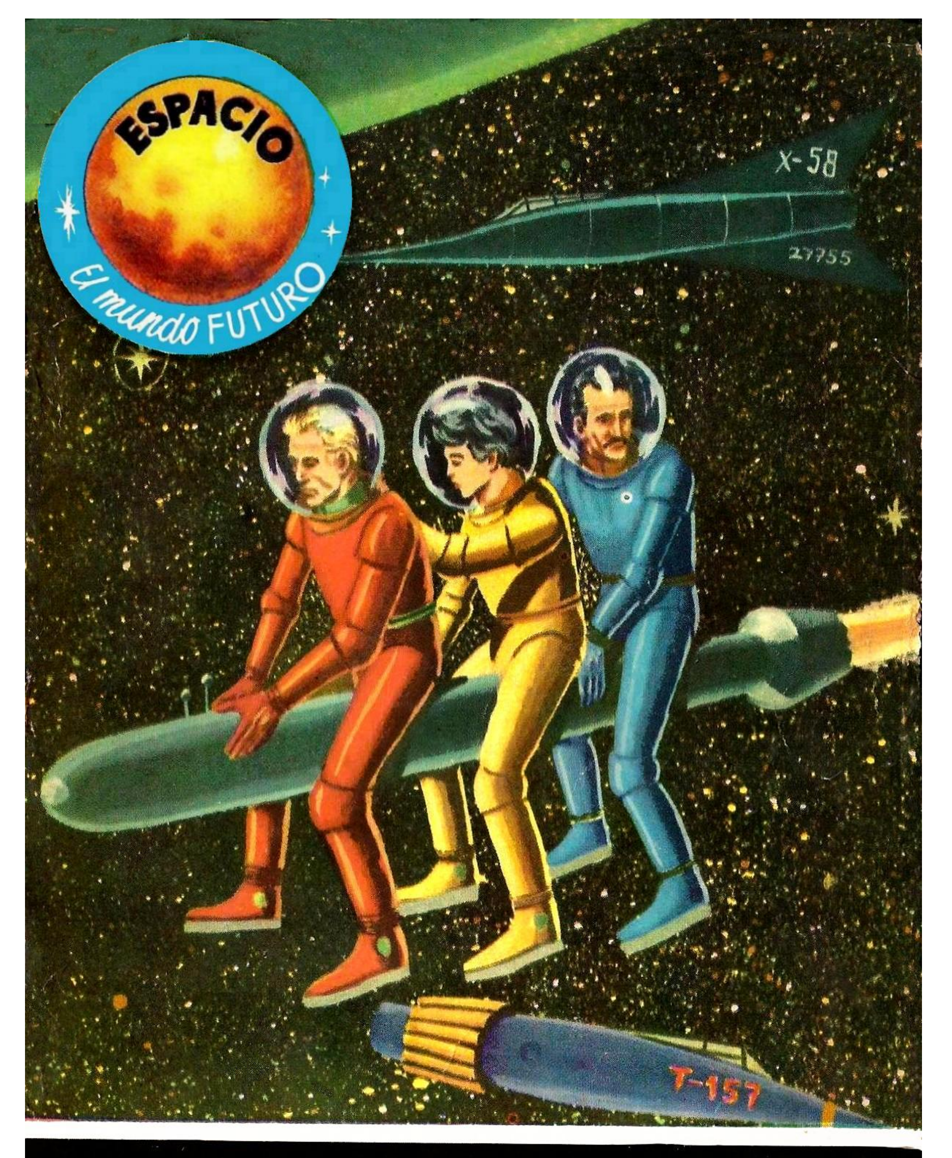


REMOLINO EN EL CIELO

CLARK CARRADOS



REMOLINO EN EL CIELO

CLARK CARRADOS

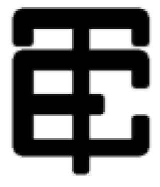
Remolino en el cielo

COLECCIÓN ESPACIO

Remolino en el cielo

Por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Núm. De Registro: 11957 - 1961

Depósito legal: 3890 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. – Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

REMOLINO en el CIELO

CAPÍTULO PRIMERO



QUEL día, para mí, parecía ser uno más en la serie monótona de períodos de veinticuatro horas en que desde hacía años se deslizaba mi existencia.

Poco imaginaba que tiempo más tarde habría de marcar la fecha — 24 de agosto de 2287 — con piedra blanca, señalándola como el momento en que mi vida tranquila, ordenada y pacífica, había experimentado un radical — ¡y de qué modo! — cambio de rumbo.

Fuera hacía calor. Era lo lógico, nos hallábamos en verano. Pero en el interior de mi casa, merced a la climatización artificial, reinaba una agradable temperatura de 21° que hacía muy soportable la existencia.

En aquellos momentos, estaba leyendo. No una proyección microfilmada, copia de alguna valiosa obra de la antigüedad, sino un auténtico libro, en cuyas páginas llevaba sumido horas y más horas, sin darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

Bruscamente, el llamador de la puerta entonó los primeros compases de la conocida canción «Vuelvo a casa, oh, mi familia», un éxito musical de ciento cuarenta años antes, que aún conservaba la armonía y la frescura de la época en que había sido compuesto. El sonido de la canción — tan pocas veces oída porque ¡eran tan pocos los que solían venir a visitarme! —, me hizo separar la vista de las hojas del libro.

Después del sonido del llamador oí rumor de voces. Unos segundos más tarde, la puerta de la biblioteca se abrió y mi fiel criado Julio entró en la estancia.

—Señor, ahí fuera hay un caballero que desea ser recibido.

Me quité las gafas y miré al servidor. Pero antes de que hubiera podido expresar mi aquiescencia o desagrado por la intempestiva visita, un hombre penetró en la habitación, apartando violentamente a un lado a Julio.

— ¡Gastón! — vociferó el recién llegado —. Pero ¿qué mil diablos es esto de hacerte rogar como si fueras el archipámpano de las Indias? ¿Es que un viejo camarada de los buenos tiempos del espacio tiene necesidad de introductor de embajadores en tu casa?

Así, al pronto, confieso que no reconocí a tan inesperado visitante. Era éste un hombre de recia complexión, bastante disimulada por el hecho de ser un tipo próximo a los dos metros de estatura y sin una onza de grasa en el cuerpo, enjuto y fuerte, cuya edad calculé en unos cincuenta años temporales[1] . Su pelo era estoposo y tenía los ojos más claros que he visto en mi vida, pero su mandíbula cuadrada y saliente daba en el acto una sensación de energía y vitalidad asombrosas.

— ¡Cómo, Gastón Duvrac! —exclamó—. Pero ¿no me has reconocido todavía? Soy Alec Dávalos, tu compañero de cuarto en la Academia Astronáutica y tercer oficial astrogador contigo a bordo de la «Ventura III».

Una sonrisa de alegría asomó a mis labios. Dejé las gafas a un lado y alargué la mano hacia el recién llegado.

—Ahora recuerdo — dije —. Dispénsame, Alec, pero ¡ha pasado

tanto tiempo desde entonces! ¿Quién iba a pensar que un día podrías meterte de rondón por las puertas de mi casa?

—Yo, claro — rio Dávalos jocundamente —. Yo, que desde el primer momento, sabía dónde venía y a quién tenía que ver. — Se pasó la mano por la garganta —. Chico, estoy «seco». ¿No tienes por ahí algo refrescante para los amigos?

Correspondí al guiño con una sonrisa.

—-Julio, el señor es mi amigo. Tráenos el bar, ¿quieres?

El criado asintió en silencio. Volvió un minuto más tarde, empujando una pesada caja cuadrada de buen tamaño, con varios diales y mandos en la parte superior.

— ¿Qué quieres tomar, Alec? ¿Whisky, champaña, jerez, algún combinado...?

— Jerez, como en los buenos tiempos. Chico, a mí déjame de bebidas artificiales y dame de lo natural, que es lo bueno. Alcohol de uva y el diablo cargue con esas porquerías que resultan de fermentar cáscaras de patata y granos de maíz.

La máquina era automática y servía lo que uno le pedía. Preparé, pues, dos buenos vasos de jerez y después de entregar uno al parlanchín Dávalos, me senté frente a él.

—Bien, habla — dije—. Cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida en los últimos tiempos?

Hizo una mueca. No había sido muy agradable, a lo que parecía. Había conseguido su patente de capitán de astronave en una poderosa compañía, pero la había perdido a causa de un desgraciado accidente. Después, como siempre había sido bastante tarambana y poco ahorrador, no le había quedado otro remedio que tomar el mando de un volandero espacial, un cascajo repugnante — dijo —, que iba de uno a otro astropuerto, tomando y dejando la carga que comerciantes sin escrúpulos o apremiados por la falta de tiempo solían encomendarle.

—Hasta que un día — manifestó —, sucedió lo que tenía que suceder. La tripulación se me amotinó, pretextando lo insuficiente de la paga, además de la poca seguridad del navío, y me abandonó en los cohetes salvavidas. Para remate, algún gracioso cortó las conexiones con el motor atómico y me dejó al garete en el espacio, a mitad del camino entre Marte y Júpiter. Una delicia, chico, te lo aseguro.

— ¿Y cómo pudiste salvarte? —pregunté.

—En circunstancias normales hubiera rehecho yo mismo las conexiones, pero el corte fue hecho desde el exterior y no me habían

dejado una mala escafandra. De modo que tuve que aguantarme.

— ¿Y luego utilizaste la radio para lanzar un S.O.S.?

— ¡Diablos, no! Aquellos canallas redondearon la faena, destrozándome hasta la última lámpara de todos los transmisores, Gastón. Estaban muy resentidos con los armadores y creían sinceramente que yo tenía participación en la empresa. Conque, a falta de otra cabeza que romper, usaron, claro está que metafóricamente, la mía. Y aquí me tienes, a bordo de un derrelicto[2] espacial, sin motor y sin transmisiones y con víveres para sólo un par de semanas.

Me estremecí. A pesar de lo transitado que estaba el espacio, la perspectiva no era nada agradable, francamente.

—Pero estás aquí, Alec — dije.

—Claro que sí, Gastón. Sin embargo, el hecho ocurrió hace seis años. Ése es el tiempo que he tardado en regresar a la Tierra por mis propios medios, sin otra ayuda que no fuera la de mi cerebro y la de mis manos.

— ¡Qué! ¿Vas a decirme que has estado viviendo seis años en el espacio con víveres para quince días solamente?

— Así es, pero no temas, no soy ningún taumaturgo, que se saca los milagros de la manga como si fuera un prestímano. Únicamente me limité a utilizar, como te dije, mi cerebro y mis manos.

«Verás. Al darme cuenta de que mi fin era inminente, busqué en el botiquín de la nave. Aquellos estúpidos lo fueron a conciencia. Cuando quiera matar a un hombre lo haré mucho mejor, créeme, Gastón. Bien, pues allí encontré unas cuantas ampollas de «Hibemovital», tú ya sabes lo que es eso, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, olvidado por completo de mi copa. El relato de mi amigo era sencillamente fascinador.

—Calculé que aún tardarían bastantes días en acudir en mi socorro, si es que lo hacían. Entonces no dejarían de verme y me despertarían, puesto que había pensado dejar una nota escrita junto a mí, con un pequeño relato de lo sucedido. Conque me aticé una buena dosis de «Hibemovital» y me tumbé en mi litera. Cuando me desperté, para no andar con más rodeos, habían pasado ya tres años, según pude apreciar en el reloj calendario eterno de la cámara de mando.

«Confieso que la sangre se me heló en las venas. Me había echado a dormir, cuando apenas si me quedaban víveres para cuatro o cinco días — y eso a media ración — y por las observaciones que pude hacer, no venía ningún navío en las proximidades del mío.

«Empecé a devanarme los sesos pensando en cómo salir de

aquel apuro. Claro que me quedaba en el botiquín «Hibemovital» suficiente para dormir cien años, pero no me hacía gracia desempeñar el papel de la princesa del cuento. En tres años de suspensión de las funciones animadas, el cuerpo se mantiene bien, y aun en diez o doce si se quiere, pero en un siglo se envejece algo y yo no quería verme convertido en un Matusalén. Por otra parte, tampoco me agradaba la idea de terminar por la vía rápida, esto es, saltando al espacio sin escafandra, conque hube de estrujarme los sesos buscando una solución.

»La solución llegó del modo menos esperado, más absurdo y fantástico que puedas imaginarte, Gastón. Y no sólo pude salvar la vida, sino que he vuelto rico, mejor dicho, con todas las probabilidades de serlo, con tu ayuda, claro está.

Y para apoyar sus últimas y sensacionales palabras, metió en el bolsillo la mano y sacó un puñado de joyas que resplandecían fulgurantemente al ser heridas por la luz de la estancia.

—No traje más, Gastón, porque, francamente, no podía. Tardé casi tres años en concluir los trabajos para reparar una nave que me trajera de vuelta a la Tierra y luego necesitaba todo el espacio posible para los víveres, el agua y el oxígeno. He venido tan comprimido que aun ahora me parece mentira poder mover los brazos libremente.

— ¿Y eso —dije, estupefacto—, está en el espacio? ¿Has descubierto por ventura algún planeta nuevo habitado y te han nombrado su embajador en la Tierra?

Alec sonrió desdeñosamente.

—Nada de eso; no hay planeta habitado ni cosa que se le parezca. Lo único que hay son — calculo —, unas trescientas cincuenta o cuatrocientas naves abandonadas, sin dueño, que encierran una cantidad fabulosa de riquezas y que sólo esperan al primero que llegue para entregárselas.

—Sin embargo — objeté aun siendo eso cierto, Alec, los propietarios de las naves y de cuantos objetos personales haya en ellas, pueden reclamar sus propiedades y dejarte sin un centavo.

— ¡Gastón! ¿Qué clase de astronauta eres tú? ¿Es que ya no recuerdas el Artículo 173 de la Ley de Navegación Espacial? «Toda nave perdida y abandonada totalmente por su tripulación y pasaje, podrá ser devuelta a sus legítimos dueños, tanto del navío como de efectos personales y mercancías contenidas en las mismas, si éstos consienten en pagar el importe del salvamento, que no podrá ser nunca inferior al veintiocho y medio por ciento del valor total de la nave y efectos de cualquier clase contenidos en la misma. En caso contrario, el salvador podrá quedarse con todo como de su propiedad,

sin derecho a ulteriores trámites, una vez tenga en su poder la renuncia expresa de los armadores y propietarios de mercancías y efectos generales y personales.» Gastón, ¿te das cuenta de la mina que se abre ante nosotros?

Me froté la mandíbula pensativamente.

—Alec — dije con acento pausado —, tú ya sabes que no me hace falta el dinero.

—Pero sí una buena aventura que te saque de la herrumbre en que vives desde hace casi veinte años, Gastón. Tienes ahora poco más de cuarenta años de tu edad temporal; la fisiológica es de veintiocho o treinta. Hasta los setenta no empezarán a salirte las primeras canas. ¿Qué diablos piensas hacer entonces? ¿Continuar enclaustrado el resto de tus días?

Dejé la copa sobre la mesa y me puse en pie, acerándome a la ventana. Puse mis manos atrás y contemplé el panorama en silencio, abstrayéndome durante unos momentos en los recuerdos de mi vida.

¡Veinte años! Habían transcurrido como un soplo, pese a que yo había creído morir o, por mejor decirlo, no poder sobrevivir en aquella época.

Estaba casado, era feliz y acababa de ser padre de una niña. Tenía una esposa a la cual idolatraba y que me adoraba ciegamente. Ella tenía veinte años entonces; yo veintitrés recién cumplidos. Era tercer oficial a bordo de la «Ventura II» y sólo me faltaban unos meses para ascender a segundo. Llevaba una buena carrera y era querido y apreciado por todo el mundo. La vida no podía presentar mejores perspectivas para mí.

Y entonces, la tragedia brutal, seca, tajante como un hachazo de leñador. Eva, mi esposa, había decidido trasladarse con la niña, entonces de pocas semanas, a Marte, a pasar una temporada en casa de sus padres. Yo me reuniría con ella y estaríamos juntos un mes entero. Luego reanudaría mis viajes por el espacio, porque cuando ascendiese a segundo oficial, pasaría a una de las naves de la ruta regular Tierra- Júpiter, con escala en nuestro planeta de un mes y medio cada seis. Pero ya no vi nunca más a mi esposa ni a mi hija, a la cual no había llegado siquiera a conocer. La nave en que viajaban fue destruida por un desastre.

Los motores atómicos son así. Sin ellos no podría existir la navegación espacial, pero el hombre no ha conseguido domeñar por completo el átomo. En éste laten fuerzas ocultas que no han podido ser descubiertas hasta ahora. De vez en cuando, una pila hace ¡paf!, a pesar de todas las precauciones y de los controles, y la nave desaparece limpia y rápidamente, sin dejar el menor rastro en el

espacio.

Cuando me convencí de lo irreparable de mi tragedia, maldije mi afán por el espacio y maldije también a los primeros hombres que hicieron posible los viajes interplanetarios, olvidando que al hacer tal cosa maldecía a la humanidad. Los viajes por el espacio comenzaron, no cuando se inventó el primer cohete, sino cuando se descubrió el modo de hacer fuego sin esperar la caída de los rayos de las tormentas. Éste fue el primer paso en el progreso humano, progreso que no se ha detenido todavía ni se detendrá hasta que el mundo deje de ser mundo.

El tiempo suavizó un poco la cosa. Me retiré a mi casa, pues, dueño de una regular fortuna, que luego acrecieron afortunadas inversiones, no necesitaba vivir para trabajar. Julio, un tripulante mallorquín de la «Ventura II», se vino conmigo en calidad de criado. Tampoco quería viajar más por el espacio. Y desde entonces, estaba yo allí, haciendo una vida poco menos que de ermitaño.

Algún tiempo después de la muerte de mi esposa e hija, pensé en buscar una compañera que me hiciera más llevadero el peso de mi existencia. No la encontré o, ciego en el recuerdo de Eva, no quise encontrarla. Alguna aventurilla — buscada más con el propósito de demostrar que era joven que por necesitar realmente de tal distracción —, no consiguió sino dejar en mí un mal sabor de boca. Pude satisfacer los sentidos, pero no el espíritu y así, tras algunos desafortunados intentos de hallar mi pareja, terminé por olvidar tales propósitos y refugiarme para siempre en mi retiro, del cual amenazaba sacarme el hablador Alec Dávalos.

—No puedes continuar así, Gastón —- insistió el astronauta—. Todavía eres joven. Sal al espacio, ventila el espíritu, disfruta un poco de la vida. No es justo que te encierres a solas con tus recuerdos y te conviertas en un misógino. Estoy seguro que si Eva pudiera hacerlo, desaprobaría rotundamente tu actitud. Cuando no se encuentra la felicidad, es preciso buscarla. ¿Y cómo la hallarás viviendo la vida de un molusco?

Alec se sirvió otro trago de jerez.

—Esto es gloria pura, Gastón. Mira — añadió—, yo no lo hago del todo por el dinero que necesito para mi empresa. Bien es cierto que sin él no podría emprenderla, ya que me resultarla muy difícil encontrar a alguien que comprendiera y creyera mis palabras. Los más, si no todos, me creerían un chiflado, un espacio-maníaco. Pero tú no, Gastón; tú has sido siempre buen amigo mío y sabes que cuando digo una cosa en serio, puede grabarse en piedra. Las naves abandonadas existen y en su interior hay tesoros fabulosos. ¿Por qué

dejar que se pierda esa enorme fortuna? Ganas un buen dinero, que nunca es de despreciar y, por otra parte, te desentumeces un poco, que buena falta te está haciendo. Podemos ir a medias, descontando de mi parte lo correspondiente a los gastos de la expedición, por supuesto. Y, además de todo, una vez hayamos regresado, daremos cuenta al mundo del descubrimiento más sensacional de todos los tiempos, bueno, desde que se empezó a viajar por el espacio. Por si fuera poco, descubriremos el misterio de la desaparición de esas trescientas cincuenta o cuatrocientas naves, cuyo paradero es absolutamente desconocido desde que se dieron por perdidas. Obtendremos la exclusiva de una buena agencia de prensa, lo cual nos recompensará, por lo menos, de los gastos de viaje y… Bueno, ¿para qué seguir, Gastón? ¿Es que no te lo imaginas tú mismo?

Miré a mi amigo. Los ojos le brillaban de modo casi febril y las manos le temblaban perceptiblemente.

—No, no estoy loco — dijo —. Mira estas joyas, están hechas hace doscientos años; se ve fácilmente en su estilo. Hay también un medallón con una fecha: diecinueve de enero de mil novecientos noventa y dos. Lo encontré a bordo de una de las naves perdidas. Esto prueba contundentemente cuanto digo, Gastón.

Asentí lenta, muy lentamente. Traté de dominar mis nervios.

—Déjame el medallón — pedí.

Alec me lo entregó.

El medallón era de un diseño ya anticuado. En un marco de oro incrustado de diamantes, rubíes y esmeraldas, aparecía la miniatura fotográfica de una mujer que debió de ser muy bella.

— ¿Dónde lo encontraste. Alec?

—A bordo de una de las naves, Gastón.

— ¿Había algún superviviente?

—No. Nadie. Sólo un cadáver: el de una mujer muy hermosa y perfectamente conservado a causa del frío del espacio. No pretendo lucrarme con este medallón; demasiado se ve que es un recuerdo de familia. Si veo a los herederos de la mujer, se lo entregaré graciosamente...

—No sigas, Alec — dije —. ¿Cuándo puedes empezar a prepararlo todo?

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de mi amigo.

— ¡Ahora mismo, Gastón! — exclamó con acento jubiloso.

CAPÍTULO II



OR enésima vez en el transcurso de una semana, volví a contemplar el medallón que, a instancias mías, había consentido en dejarme Alec Dávalos. La última vez que lo viera fue en el momento de partir para mi postrer viaje por el espacio y descansaba sobre el seno de mi esposa. La imagen de la mujer allí grabada pertenecía a una bisabuela suya, mujer de gran belleza, llamada, Solange D'Amonveuil.

Esto era principalmente lo que me había decidido a romper con mi aislamiento de casi cuatro lustros: el deseo de saber la trágica suerte corrida por mi esposa. Según Alec, el cadáver de Eva era el único que había a bordo de la nave visitada. ¿Dónde estaban los de los restantes pasajeros y tripulantes? Y, sobre todo, ¿dónde estaba el cadáver de mi hijita? ¿Por qué había desaparecido todo el mundo de la astronave, menos mi esposa? ¿Qué horrible tragedia se había producido a bordo? La última pregunta, de todas las que se apelotonaban en confusa baraúnda en mi mente, era: ¿por qué se había dado a la nave corno destruida por una intempestiva explosión nuclear, siendo así que había sido hallada intacta y vacía por completo de sus ocupantes?

Mis amargos pensamientos se vieron repentinamente cortados

por el sonido del llamador. Volví la cabeza. Debía de ser Alec, con alguna petición de fondos o algo por el estilo.

Entró Julio con una bandeja en la mano. Muchos me han criticado este modo de vivir un tanto a la antigua, pero puesto que a mí me gusta y a Julio no parece importarle gran cosa, antes bien, le agrada en extremo desempeñar el papel de criado de un gran señor, nunca he hecho caso de chismorreos ni habladurías.

Sobre la bandeja había una tarjeta de visita. La tomé y leí el nombre de mi pretendido visitante. Era éste:

OLGA, CONDESA ZANETSKI

Bueno, yo soy un poco raro viviendo como vivo, pero que a estas alturas viniera un personaje presumiendo de nobleza, resultaba ya un tanto excesivo.

No obstante, pensé que sería interesante conocer a la aludida condesa.

—Está bien, Julio; hazla pasar.

Un momento después, la condesa se encontraba frente a mí. Traté de disimular mi admiración al ver una hermosura semejante.

Era de buena estatura, aun sin ser alta, pecho firme, talle delgado y caderas redondas, pero sin exageración, piernas bien torneadas y una singular expresión de audacia y decisión en su maravilloso rostro, sombreado, por unos cabellos negros como la noche. Tenía la tez muy blanca, mas no pálida, y en ella destacaban poderosamente unos labios de vivo tono, cálidos y pulposos, y un par de rasgados ojos de color gris acero, que daban una extraña y atrayente peculiaridad a su fisonomía.

La condesa vestía bastante discretamente, en contraposición con el desenfreno indumentario de algunas damas de la época. Calculé su edad en unos veintisiete o veintiocho años fisiológicos y me dije que aquella mujer debía de ser muy, muy peligrosa para los hombres que no tuvieran la cabeza sólidamente asentada sobre los hombros.

— ¿Señor Duvrac? — murmuró ella con voz de tonos agradables y armoniosos.

—Para servirla, condesa — dije —. ¿Tiene la bondad de tomar asiento? Haré que nos preparen unas bebidas, mientras tanto.

—Gracias, señor Duvrac; por ahora, prefiero no beber. En cambio, desearía, ir directamente al asunto que me ha traído hasta aquí y que debe causarle, sin duda, la extrañeza más profunda.

—La extrañeza es en mí por no haber visto antes de ahora mujer

tan hermosa como usted, condesa — manifesté galantemente.

Ella sonrió, halagada de modo inequívoco.

—Muy amable, señor Duvrac. Y ahora, pasemos al asunto. —Hizo una pequeña pausa —. Usted, sin duda, se habrá sorprendido de ver una condesa en carne y hueso. Hoy en día no suelen abundar mucho tales especímenes, aunque puedo garantizarle que mi título es absolutamente legítimo y que puedo ostentarlo con toda legalidad.

—Lo celebro infinito, condesa.

—Procedo de Polonia, pero en décima o undécima generación, no puedo decirlo ahora con exactitud. Esto, sin embargo, no impide que, careciendo de toda dase de bienes de fortuna, deba, para poder ganarme la vida, tener que desempeñar un trabajo como archivera en el Registro General de Astronáutica.

—El trabajo digno no deshonra al que lo desempeña dignamente, antes lo enaltece — sentencié.

La condesa inclinó la cabeza.

—Muy amable, señor Duvrac — repitió —. Ahora bien, por razón de mi empleo, he podido enterarme de algunas cosas que, naturalmente, no he hecho públicas. El secreto profesional lo ha impedido, ¿comprende?

—Por supuesto — concordé.

—-Salvo — continuó ella —, a los interesados. En este caso, al capitán Dávalos y a usted, señor Duvrac.

Empecé a comprender el final de la ruta de la condesa.

—El capitán Dávalos estuvo el otro día en mi sección y solicitó una información completa de todas las astronaves destruidas por siniestro o desaparecidas sin dejar rastro en el transcurso de los últimos doscientos años. Abonó los derechos correspondientes y se le facilitó el informe solicitado.

—Hasta aquí no veo nada de pecaminoso, condesa —- dije — Cualquier curioso, cualquier escritor, puede hacerlo sin ninguna traba, que yo sepa.

—El capitán Dávalos no es curioso ni escritor ni tampoco periodista. Es... eso, capitán de astronave, aunque haya perdido su patente.

—Está usted muy bien enterada de las cosas, condesa — dije un poco secamente — Y supuesto que ha venido, según manifestó, dispuesta a hablar con toda franqueza, hagámoslo ambos. ¿Qué es lo que pretende usted?

Sus ojos centellearon un instante vivamente.

—Formar parte de la expedición que se dispone a zarpar al

espacio en busca de las astronaves perdidas, señor Duvrac —- contestó sin titubear, dando un rotundo énfasis a sus palabras.

Hacía tiempo ya que me veía venir encima la petición. Por eso la escuché sin pestañear. Si Olga Zanetski creía que iba a empezar a dar voces o proferir imprecaciones, se equivocaba.

—Parece que sabe usted demasiado, condesa dije, al cabo de unos instantes de reflexivo silencio -—. ¿Cómo sabe usted que nos disponemos a salir mi amigo y yo en busca de ciertas astronaves que se suponen perdidas? Y, sobre todo, ¿cómo ha podido relacionar al capitán Dávalos conmigo?

Olga sonrió sosegadamente.

— El capitán Dávalos pagó los derechos de la información facilitada con un cheque firmado por usted, señor Duvrac. En cuanto a lo otro, es fácil presumirlo; los periódicos, en sus archivos, tienen datos más que suficientes, aunque no tantos como nosotros, sobre las naves desaparecidas. Tienen datos corrientes, de los que el público puede digerir sin demasiado esfuerzo, pero faltan otros que sólo un técnico como el capitán Dávalos puede valorar debidamente. Por otro lado, en el Registro General de Patentes de Comandantes de Astronave está la ficha de su amigo. Me entretuve en leerla; es curiosa y aleccionadora a un tiempo. Aun sin salirse de los límites que pudiésemos llamar formularios, dice mucho para una persona que sabe leer entre líneas.

— ¿Y de mí, adquirió también algún informe?

—Los suficientes para saber que es usted y no otro el único que podía correr con los gastos de la expedición, sin que ésta trascendiera al público.

—Perfectamente — asentí, admirado en mi fuero interno de tanta listeza —Y usted pretende unirse a nosotros.

—Usted lo ha dicho, señor Duvrac. ¡Oh, soy modesta en mis pretensiones! Sólo pretendo un mísero diez por ciento del botín total.

—No, no es demasiado pedir, condesa — dije —. Ahora bien, pudiera ser que tanto mi amigo el capitán Dávalos como yo quisiéramos negarnos a llevar a nadie con nosotros, fuera de una tripulación escogida y de toda confianza.

La condesa volvió a sonreír.

—Me llevarán con ustedes, señor Duvrac — su acento indicaba una absoluta seguridad en sí misma —. No les conviene intentar la aventura sin mí.

— ¿Tiene la bondad de explicarse, condesa? — rogué.

—Por supuesto. Si ustedes se niegan a llevarme en la expedición,

entonces yo me iría a la Junta Rectora Interplanetaria de Viajes Espaciales y denunciaría los hechos. Obtendría una buena recompensa y ustedes lo perderían todo.

—Pero usted se quedaría también sin su diez por ciento.

—Menos da una piedra, señor Duvrac y, por lo menos, estaría libre de apuros económicos durante una buena temporada.

—No estoy seguro — dije, acariciándome pensativamente la mandíbula —, de que usted pueda hacer eso que dice.

—Le conviene recordar, señor Duvrac —- dijo ella fríamente —el artículo 3° de la IV Enmienda a la Ley del Espacio. Usted sabe de sobra que el que encuentra una nave desaparecida tiene determinados derechos sobre ella y su contenido, tanto comercial como personal. Ahora bien, el citado artículo dice: «... toda aquella persona que conociendo el paradero de una nave desaparecida... no haya denunciado a... su situación exacta o más aproximada de la misma en el espacio, sufrirá la pena de...» Bueno, no es necesario que le repita el artículo íntegramente, pero a usted y a su amigo podría costarles unos cuantos meses, si no años, de cárcel. Y, además, aún guardo otra carta en la manga.

— ¿De veras?

—El capitán Dávalos — siguió ella sin inmutarse — carece de su patente para conducir naves por el espacio. Como pienso que usted ha resuelto viajar en una particular, en casos así, los oficiales aduaneros no suelen preocuparse mucho de la documentación de la astronave. Pero si una delación anónima o aun hecha a cara descubierta les llegara antes de la partida, no tendrían otro remedio que investigar y entonces detendrían al capitán Dávalos. ¿Qué haría usted entonces?

La condesa había urdido una bien tramada red en tomo nuestro. Sabía lo que se hacía y, mirándolo fríamente, era imposible zarpar sin contar con ella.

Se dio cuenta de lo que pasaba en mi mente y sonrió.

—Gracias por su aceptación, señor Duvrac. Le aseguro de antemano que no tendrán ninguna queja de mí. Y ahora, ¿le importaría invitarme a esa copa que mencionó antes?

—En absoluto, mi encantadora condesa.

Cuando tuvimos las copas en nuestras manos respectivas, ella alzó la suya.

—Por el feliz éxito de nuestra expedición.

—Por la chantajista más hermosa que he tropezado en mi vida — dije.

Ella no pareció afectarse mucho al oír mi frase ofensiva. Bebió tranquilamente y al terminar, dijo:

—No creo que se haya tropezado usted con muchas chantajistas, señor Duvrac. Por otra parte, si lo piensa bien, verá que aún salen ganando; otro cualquiera, en mi lugar, les hubiera exigido, por lo menos, una parte equitativa de los beneficios. Mi diez por ciento es realmente irrisorio, créame.

—Claro — dije. Luego pregunté—-: ¿Por qué su empeño en acompañarnos?

Se inclinó hacia mí y me miró con ojos brillantes.

—Odio la miseria y la mediocridad, señor Duvrac. Tengo que vivir de una forma gregaria, como cordero en un rebaño o abeja en su colmena. Ésta es la ocasión que se me presenta de enviar a paseo mi monótona existencia actual y ¿cree sinceramente que puedo desaprovecharla?

—Así pues — murmuró lentamente —si usted hace todo esto no es más que por tener joyas costosas sobre su bonita y tersa epidermis o cubrir sus hermosos hombros con costosas pieles.

— ¿Y a qué otra cosa puede aspirar una mujer, sobre todo, cuando es, como yo, joven y no mal parecida y no quiere seguir caminos que no son fáciles de mencionar aquí para obtener lo que usted acaba de decir?

—-Mirado desde ese punto de vista, la cosa no está mal enfocada, condesa. Pero usted, como dice, es joven y hermosa. ¿Tan arisca es que no ha encontrado un hombre para esposo y padre de sus hijos?

—No me hable de matrimonio, señor Duvrac. Una vez estuve a punto de casarme. Descubrí a tiempo la clase de hombre que era mi futuro marido. Desde entonces me dije que la soltería era el estado ideal para una mujer como yo.

Moví la cabeza con aire sentencioso.

—Eso es porque no se ha enamorado nunca, diga lo que diga. El día en que — con perdón —se chifle por un hombre, olvidará todas esas tonterías preconcebidas acerca del matrimonio, condesa.

— ¡Miren quién habla! — dijo ella desdeñosamente —. ¿Y usted?

Mi rostro se nubló aún en contra de mi voluntad.

—Estuve casado en una ocasión. Mi mujer murió — respondí brevemente.

Olga Zanetski se mordió los labios.

—Oh, cuánto lo siento, señor Duvrac. Le ruego me dispense si mis palabras le molestaron. Fueron pronunciadas inconscientemente.

—No se preocupe, condesa; ya hace bastante tiempo que sucedió.

—Bien — suspiró ella —-; entonces, creo que todo está, ya acordado. Mi nombre figura en la guía; no se olviden de avisarme el día y la hora de partida. Ah — dijo con gran desenvoltura —, he de pedirle un favor.

—Estoy a sus órdenes, condesa.

“—Necesitaría un pequeño anticipo. A cuenta de mi participación en el negocio. Luego, naturalmente, me sería descontado y...

La miré fijamente. Estuve a punto de soltarla una barbaridad, pero me contuve a tiempo.

— ¿Cuánto? —dije lacónicamente.

Olga citó una cifra sin pestañear. Yo tampoco me conmoví. Fui hacia mi escritorio y extendí un talón al portador. Luego tomé el documento y lo coloqué ante una pequeña pantalla, dotada de dos aberturas: una para el cheque propiamente dicho y otra para introducir mi mano por ella. Apreté un botón y mi fórmula molecular quedó estampada en el papel. Cualquiera podría falsificar mi firma; pero mi fórmula molecular sólo la conseguiría por medio de amenazas. Ni aun cortándome el miembro podría lograrlo, pues esa fórmula es muy distinta en un tejido vivo que en un tejido muerto.

La condesa contempló todas estas operaciones en silencio. Cuando le entregué el cheque lo guardó en un pliegue de su vestido, que quedaba muy bien disimulado y sonrió de modo encantador, al mismo tiempo que me tendía la mano.

Me incliné para besarla y percibí claramente el estremecimiento que sufría al sentir el contacto de mis labios con su piel. Luego me erguí y la miré.

—Espero volver a verla pronto, condesa — dije. Y, de repente, se me ocurrió una idea. ¡Hacía tanto tiempo ya que no me portaba de tal manera! —. Puesto que vamos a ser compañeros de viaje durante bastante tiempo, ¿por qué no empezar cuanto antes a aumentar el caudal de nuestros conocimientos mutuos?

—Si usted me indica la manera, señor Duvrac — accedió ella, con el rostro ligeramente sofocado. ¿Dónde estaba la devoradora de hombres que trataba de aparentar?

—Hoy es —= dije —, un poco tarde para eso. ¿Qué le parece si cenásemos mañana en el «Triplanet»?

—Encantada, señor Duvrac — contestó ella. Luego, de repente, se dio cuenta de que yo no había soltado todavía su mano y la retiró con rápido y conturbado gesto —. De acuerdo; mañana, en el «Triplanet», a las siete y media.

—No faltaré a la cita, condesa — murmuré, inclinándome.

Cuando me hube quedado solo, recapacité durante unos momentos en la extraordinaria aventura que acababa de sucederme sin moverme siquiera de mi domicilio. Estuve pensando en la forma de esquivar la compañía de la condesa, pero, por más soluciones que busqué, no pude encontrar ninguna. Realmente, nos tenía cogidos por el cuello, como vulgarmente suele decirse, y no había medio de liberarse de sus encantadoras garras.

Luego, otro sentimiento invadió mi espíritu, haciéndome estremecerme, de pies a cabeza. «Gastón — me dije —, ¿no será que te has dejado embaucar por los lindos ojos de esa bella hechicera?»

Esto me hizo sentirme inquieto y desasosegado un buen rato. Finalmente, para tratar de quitarme tales ideas de la cabeza, llamé a mi criado.

Julio entró como siempre, silencioso y servicial. Me miró inquisitivamente, esperando mis órdenes.

—Julio — dije —, tendrás que desempolvar mi ropa de etiqueta, si es que la polilla no se la ha comido. Esto en segundo lugar. Antes debes intentar comunicarte con el capitán Dávalos con toda urgencia.

—Muy bien, señor — asintió el criado.

Julio tardó bastante en volver, cosa que no dejó de intrigarme. Cuando regresó, su respuesta traía la solución a mi inquietud.

—Señor, el capitán Dávalos no está en el hotel en que ordinariamente suele alojarse.

Consulté él reloj. Aquéllas no eran horas de andar ya por la calle y Alec tenía mucho que hacer para andar perdiendo el tiempo en juerguearse.

—Lamento decirle, señor — continuó Julio con su impasibilidad habitual —, que el capitán Dávalos está detenido en los calabozos de la Comisaría del Distrito número sesenta y tres.

CAPÍTULO III



LEC DÁVALOS me miró desde su rincón con aire humilde y contrito, en tanto que, frente al espejo, trataba de ajustarme la corbata de lazo de mi traje de fiesta. Los hombres cambian, pero algunas costumbres indumentarias permanecen inalterables con el transcurso de los tiempos y yo, hacía tanto que no me vestía así para acudir a una diversión...

—Tienes derecho a hacerme todos los reproches, Gastón— dijo— Fue... bueno, eso es algo que uno no puede explicarse satisfactoriamente. Se bebe uno un par de copas de más; el trabajo del día ha sido duro... hay unos marineros en el bar...

— ¿Marineros?—pregunté, extrañado de que Alec se rozase con semejante gente. Los astronautas detestaban a los marinos y viceversa.

—Bueno, tripulantes de astronave. Empezamos a discutir sobre rumbos, órbitas, declinaciones y demás zarandajas y... bien, Gastón, puedes figurarte el resto. Gracias por haber ido a sacarme del calabozo. Te abonaré la multa de la parte que me toca en el botín y...

-—No tienes que abonarme nada — dije —: Lo único que quiero es que guardes el secreto. Hablas demasiado estando sereno, conque. Dios sabe lo que habrás parloteado con... esas dos copas de más que dices.

—Oh, no, Gastón, eso no; te lo aseguro. No mencioné para nada lo de nuestra expedición...

—Está bien — dije —. De todas formas, no quiero seguir corriendo más riesgos contigo. He decidido salir de mi retiro y lo haré; pero tú te alojarás en mi casa en tanto no esté lista la nave para zarpar. Trabajarás durante el día todo cuanto haga falta, pero a la noche dormirás aquí, ¿estamos? julio ya tiene instrucciones con respecto a ti, de modo que no es necesario que le diga ya nada.

El mencionado estaba junto a mí y me ayudó a ponerme la chaqueta del traje de fiesta. La moda entonces era verde obscuro, con solapas plateadas, pero yo seguía fiel al primitivo modelo: negro y solapas de raso. Me eché la cigarrera al bolsillo, tomé un puñado de billetes y me dispuse a salir.

Desde la puerta me volví para echar mi última orden por aquella noche.

—Julio, sírvele la cena a nuestro huésped y recuérdale al mismo tiempo las excelencias del agua mineral como bebida.

—Oh, no — gimió Alec, pero para entonces ya cerraba la puerta, sin atender a sus protestas.

* * *

Me puse, en pie al ver avanzar a Olga hacia mí. Realmente, estaba bellísima con aquel vestido de tejido de oro, que modelaba maravillosamente sus formas esculturales, dejando al descubierto unos hombros de hechura perfecta, en uno de los cuales brillaba con fulgurantes destellos una diminuta rosa de rabíes. La joya iba prendida

directamente sobre la carne, supongo que por medio de una ventosa hábilmente disimulada. En la mano llevaba un bolso del mismo tejido que el vestido, el cual tenía una abertura hasta la rodilla en el costado izquierdo, por la que asomaba una pierna impecable. El pelo lo llevaba alto, recogido en un ancho rodete, sujeto por una red invisible de hilos negros, en cada uno de cuyos nudos había una diminuta esmeralda.

Me alegró que su maquillaje fuese más bien discreto, en contraposición con los dibujos y garabatos que las mujeres solían pintarse en el rostro siguiendo los implacables dictados de la moda. Bien es verdad que poco necesitaba una mujer como ella de potingues y afeites para parecer hermosa.

Le besé la mano y nos sentamos. El camarero trajo los cócteles que previamente había pedido y después empezamos a charlar sobre temas indiferentes.

Poco a poco, de modo inevitable, la conversación fue recayendo sobre nuestro próximo viaje. Me di cuenta de que Olga trataba de sonsacarme el lugar dónde se hallaban las astronaves perdidas, pero fui hábil y en este sentido no me dejó llevar por el indudable hechizo que emanaba de toda su persona.

—Espero — dijo — que cuando todo haya concluido ustedes se habrán hecho con una fortuna considerable, señor Duvrac.

— La suya no será nada de desdeñar, condesa— respondí —. Podrá usted satisfacer sus deseos de tener dinero y lucirlo, aunque — añadí con cierta, perversidad — no ha dejado de hacer buen uso del que le di.

— Si se refiere usted a las joyas — dijo —, sepa que son hereditarias en la familia Zanetski. Lo único nuevo que llevo es el vestido.

—Me gusta — dije.

—Gracias. Esto... por favor, señor Duvrac, ¿le importaría que le hiciera algunas preguntas? No las conteste si las considera indiscretas, sin preocupación alguna, se lo ruego.

—Bien, dígame, ¿de qué se trata?

—Usted ya sabe que, antes de dar el paso que he dado, estuve adquiriendo informes de ustedes dos, aunque en especial del capitán Dávalos. Sé que es usted oficial de astrogación, aunque lo dejó hace ya casi veinte años. ¿Por qué no siguió una carrera que, según los informes, se presentaba con tan buenos auspicios para usted?

—Ocurrió algo que me hizo odiar los viajes por el espacio. Murieron mi mujer y mi hija.

— ¡Qué cosa tan horrible! Cuánto lo lamento, señor Duvrac.

—Muy amable, condesa. Pasé unos momentos muy amargos, créame. Luego, el tiempo...

—Entiendo. Sin embargo, no comprendo qué relación hay entre su espaciofobia y la muerte de su esposa e hija, señor Duvrac.

—La nave en que viajaban estalló. Volaron sus motores nucleares; eso fue todo.

—Al menos —- suspiró — no padecieron. Comprendo que debió ser espantoso para usted recibir la noticia del suceso.

Deliberadamente quise ocultarle que el cadáver de Eva había aparecido y que averiguar el misterio de su muerte era el impulso que me llevaba de nuevo al espacio, después de permanecer cuatro lustros anclado en tierra. Prefería, por el momento, que me consideraran como un tipo interesado.

— Pero usted dejó la astronavegación hace veinte años, señor Duvrac — objetó la joven.

—En efecto —= contesté —Ahora tengo cuarenta y tres.

Olga meneó la cabeza.

—Pues nadie le diría que ha cumplido los treinta, francamente;

— Prodigios de la ciencia moderna, condesa. Esto, sobre todo, creo que va muy bien para las mujeres.

Ella sonrió picarescamente.

—Por ahora no me hace falta recurrir a tales extremos. Creo yo. ¿Y usted?

La miré de arriba abajo, sonriendo levemente.

—Pasarán muchos años, muchos, antes de que usted precise de drogas rejuvenecedoras, condesa. Para entonces, yo ya seré un viejo decrépito y arrugado, irritable y gruñón, que no encontrará nada a su gusto y que se pasará el día dejando colillas por todas partes. Y usted, todavía...

En aquel momento el camarero interrumpió mis frases, inclinándose hacia mí.

— ¿Señor Duvrac? — dijo —.En el vestíbulo hay un caballero que pregunta por usted.

Fruncí el ceño. La compañía de Olga me estaba resultando demasiado agradable para no lamentar vivamente la interrupción.

— Dispénseme, condesa —- dije, poniéndome en pie.

El hombre era alto, esbelto, de buena apostura física y calculé su edad en unos treinta años temporales. Tenía el color de la piel un poco oscuro, pero no podría asegurar si era debido al sol o a su nacimiento. Su cabello era negro, lo mismo que los ojos, agudos y

vivaces, y la fina raya de pelo que adornaba su labio superior.

Se inclinó ante mi con cortesía exagerada.

—-Le ruego me dispense por tan inoportuna interrupción, señor Duvrac — dijo tras los primeros saludos —. No obstante, le entretendré un mínimo de tiempo, puesto que pienso ir derechamente al asunto.

—Se lo agradeceré mucho — contesté con algo de frialdad —. ¿De qué se trata?

—Me llamo Albert Lavesant y soy empleado en el despacho de salidas de astronaves, Sección Viajes Privados. Por casualidad me he enterado de que usted va a emprender un viaje con rumbo a Marte y desearía me facilitara usted una plaza en su astronave.

Enarqué las cejas, sumamente disgustado. ¿Era que Dávalos lo había comunicado a todo el mundo?

—Nuestro viaje es estrictamente particular, señor Lavesant — dije secamente — y en él, fuera de nosotros mismos, no admitimos a ningún pasajero con destino a Marte o a cualquiera de los otros planetas.

Y una vez pronunciadas las anteriores palabras hice ademán de dar media vuelta, pero apenas había iniciado el gesto Lavesant me detuvo.

—Un momento, señor Duvrac. Le agradecería recordase una cosa. El capitán Honoré Lavesant era el comandante de la astronave «Pulchra». Yo soy su hijo.

Giré lentamente hacia mi interlocutor. La «Pulchra» era la nave en que había viajado Eva con la niña, encontrando posteriormente la muerte.

No obstante, conseguí dominarme.

—No veo qué relación puede tener eso que acaba de decir con mi viaje a Marte — respondí al cabo.

—He estado haciendo averiguaciones durante muchos años, señor Duvrac — contestó Lavesant sin inmutarse —. Poseo en casa una lista completa del rol de pasajeros y tripulación de la «Pulchra». Su esposa e hija figuraban entre los primeros.

—Murieron — contesté —. Las informaciones oficiales así lo atestiguaron.

—Sin embargo, yo sé que eso no es cierto, señor Duvrac. Deseo saber vivamente qué ocurrió a bordo de la «Pulchra». Mi padre era su comandante, recuérdelo.

—Lo siento, yo no puedo dar ninguna satisfacción a sus deseos, señor Lavesant.

El semblante del joven se crispó.

— ¿Es ésa su última palabra, señor Duvrac?

El destino «oficial» de nuestra nave era Marte, con el fin de no incurrir en enojosas averiguaciones. Y así se lo hice saber a Lavesant.

—Sin embargo — dijo un tanto misteriosamente —, yo sé que eso no es cierto. Ustedes van hacia otro lugar del espacio.

Empecé a pensar si en aquellos días no se había desencadenado en París una epidemia de chantajistas.

—Muy seguro está usted de ello, señor Lavesant

— repuse.

—Absolutamente — sonrió —-. Recuerde, además, que soy oficial de la Aduana y puedo crearles graves dificultades si se niega a acceder a mis pretensiones.

— Está bien — respondí secamente -—. Inténtelo.

Lavesant dijo:

— Lo haré, no le quepa la menor duda, señor Duvrac. Según tengo entendido zarparán dentro de dos semanas del astropuerto de Orly Nuevo. Mi puesto está allí. Pueden escribirme o telefonearme con su última decisión. No esperen al último día, se lo recomiendo.

Y tras una breve y enérgica inclinación de cabeza se marchó.

Olga se dio cuenta de lo que me pasaba al verme llegar con el rostro lleno de sombras.

— ¡Qué sinvergüenza! — exclamó, indignadísima, al enterarse de las pretensiones de Lavesant.

—No es muy diferente de usted, condesa — dije, con los nervios a flor de piel, sin poder contenerme—. A fin de cuentas, los dos pretenden lo mismo, viajar conmigo, aunque los motivos, aparentemente, sean distintos.

Olga se sofocó y su esbelto pecho se movió agitadamente durante unos momentos. Luego, de repente, tomó el bolso de la mesa y se puso en pie.

La imité en el acto. Lancé unos billetes sobre el mantel y la seguí precipitadamente, alcanzándola cuando ya estaba a punto de llegar a la calle.

—Déjeme — dijo, desasiendo el brazo de mi mano —. Váyase, no quiero ni oír hablar de usted.

—Será mejor que lo discutamos en otro lugar, mi querida condesa — dije con toda la calma de que fui capaz —. Este no es lugar apropiado para tirarnos los trastos a la cabeza.

La empujé hacia el coche que un servicial portero había traído

hasta la puerta y la hice introducirse en el mismo. Acto seguido me senté tras los mandos y el aparato se elevó raudamente del suelo, en silencio, sin el menor ruido.

Conecté el servomecanismo de dirección con el canal que conducía al Bosque de Bolonia, en una de cuyas menos transitadas avenidas detuve el coche unos momentos más tarde, junto a un frondoso grupo de árboles que prestaban frescura,, además de cómplice oscuridad. Hasta entonces no habíamos cambiado una sola palabra entre nosotros.

Encendí dos cigarrillos y le di uno. Ella lo tomó, aspirando el humo a grandes bocanadas.

— ¿Podré confiar algún día en obtener su perdón, condesa? — dije al cabo de unos momentos.

Las estrellas se reflejaron en sus ojos cuando se volvió para mirarme.

—No debería hacerlo, señor Duvrac — dijo, aún enojada —Yo he sido, al menos, franca con usted. Le he dicho cuáles son los motivos que me impulsan a viajar en su nave. No puede hablar, pues, de engaño. En cambio, viene un tipo a quien ni siquiera conoce y le suelta un rollo dulzón y sentimentaloide, ocultando así sus verdaderos propósitos, y usted... usted trata de confundirme con él. ¿Cree que no tengo motivos para indignarme?

—Por supuesto, pero una vez más... Bueno, condesa, he cometido un desliz; discúlpeme y le haré la promesa de no volver a repetirlo. ¿De acuerdo?

Sonrió de mala gana. Su rostro adquiría un aspecto singularmente bello al ser iluminado por la luz verdosa que se desprendía del tablero de mandos del coche.

—Parece usted una bruja, pero es la bruja más encantadora y hermosa que he visto en mi vida — dije sin poder contenerme.

— ¿De verdad? — sonrió con coquetería.

Tiré el cigarrillo fuera del coche. Luego alargué los brazos y la atraje hacia mí.

Olga protestó débilmente — formulismo, supongo —. Pero también tiró el cigarrillo.

Sentí junto al mío el tibio calor de su cuerpo joven y firme y el acelerado batir de su corazón. Bajé un poco la cabeza y busqué sus labios.

Ella enroscó sus brazos en tomo a mi cuello. Y apenas acababa de hacerlo, cuando yo me había olvidado por completo de mi absurda misoginia, una voz sonó detrás de nosotros.

—Lamento interrumpirles, señora, caballero, pero lo que tengo que comunicarles no admite demora.

Olga se separó de mí apresuradamente, exhalando un breve grito. Debía estar muy sofocada, aunque, por fortuna, la noche impedía comprobarlo.

Miré al individuo que de tan inoportuna manera acababa de interrumpir uno de los momentos más interesantes de mi vida. Tenía la mano apoyada en el borde de la portezuela y en ella brillaba un objeto metálico cuya naturaleza no admitía lugar a dudas.

—Esto es un atraco — dijo el forajido llanamente —. Por favor, tengan la bondad de entregarme todo cuanto tengan en los bolsillos.

Miré a Olga y ella me miró a mí.

—Bien — suspiró —, veo que no me queda otro remedio que acceder a ello.

—Solange, querida, encárgate de la dama, por favor— dijo el atracador de pronto.

Nuestro sobresalto se duplicó al instante. Volvimos el rostro al unísono hacia el otro lado, divisando la silueta de una mujer, joven y bien conformada a lo que parecía.

—Vamos, señora —- dijo la muchacha —entrégueme sus joyas. — Y proyectó una amenaza que hizo temblar a Olga —. No me gustaría tener que estropear tan lindo rostro con un tajo de este cuchillo.

Algo plateado brillaba en la mano de la muchacha. Olga se apretó temerosamente contra mí.

—Será mejor que hagamos lo que dicen — murmuré.

Eché mano al bolsillo y en aquel momento el rufián levantó la mano, apoyándola en mi pecho de modo que sintiera el duro contacto del arma.

—Cuidado con las tretas, amigo — dijo con tono duro y despiadado —. No me gustaría tener que darle gusto al dedo, ¿sabe?

—Usted ha visto demasiados telefilms de policías y ladrones — dije despectivamente —. La pitillera es de oro y diamantes. ¿No le interesaría quedársela?

—Veámosla — gruñó el individuo.

Saqué la mano y enseñé el objeto indicado, que brilló con destellos deslumbradores a la luz de la luna. El rufián fue a apoderarse de ella, pero en aquel momento oprimí el resorte de apertura.

Lo malo para el individuo fue que la pitillera no se abrió, sino que dejó escapar, junto con un seco y apenas perceptible chasquido, algo que dio en un lado de su cara. El forajido se puso rígido y tenso al

instante.

La joven atracadora advirtió al instante lo que sucedía.

— ¡Damián! — exclamó —. ¿Qué te ocurre?

Con toda tranquilidad aparté la mano armada de mi pecho. Inmediatamente, el tipo llamado Damián giró a un lado y luego se desplomó al suelo, tan sin sentido como un leño recién cortado.

Acto seguido volví la pitillera hacia la muchacha y repetí la misma operación. Allí tenía más campo, porque la ladrona vestía una blusita de escote generoso.

También se puso rígida y al cabo de diez segundos se desplomó al suelo.

Olga exhaló un grito.

— ¡Gastón! ¿Qué ha sucedido?

Por el momento no le contesté; estaba muy ocupado saliendo del coche e inclinándome para recoger la pistola del caído.

Olga saltó tras de mí, recogiéndose la falda con las manos. Busqué una antorcha eléctrica en el guantero del coche y luego pasé al otro lado.

También confisqué el cuchillo que aún empuñaba la muchacha. Olga se agarró temerosamente a mi brazo.

— ¡Gastón! —dijo—. ¿No los habrá matado?

Me eché a reír.

—No tema, condesa —- dije —. Solamente están dormidos. Se despertarán dentro de un cuarto de hora sin saber siquiera lo que les ha ocurrido.

Olga preguntó:

—Pero bueno, ¿puede saberse qué les ha dado para derribarles de modo tan fulminante?

Le enseñé la pitillera, en uno de cuyos ángulos se veía un diminuto orificio apenas perceptible a simple vista. Tenía dos resortes, uno el que la abría y el otro el que había producido el chasquido precursor de la caída de nuestros asaltantes.

—Vea — dije —. Me la regaló un amigo y tiene un muelle que dispara una especie de agujas impregnadas de un poderoso narcótico, de efectos tan fulminantes como inofensivos. Las agujas son de plástico soluble en la sangre, algo parecido al hilo que emplean actualmente los cirujanos, aunque de efectos más rápidos. Nunca pensé que tuviera que utilizar esta arma, aunque me felicito por haberla traído encima,

Olga miró a la muchacha y meneó la cabeza compasivamente. Era muy joven, aún no había cumplido los veinte años.

—Eso no es culpa nuestra ni, además, ahora tampoco estamos en condiciones de enderezárselo. En el momento actual lo que me interesa es otra cosa.

— ¿Qué, Gastón? — dijo ella mirándome de lado.

La atraje hacia mí.

—Continuar la labor interrumpida — dije.

— ¿Pretende cobrarse por anticipado? —- preguntó Olga maliciosamente.

— ¿Cree usted que aunque no la llevara conmigo en ese viaje no trataría de besarla? — dije.

—Sí — suspiró, riéndose -—. Evidentemente.

CAPÍTULO IV



A tripulación de la nave que debía llevamos a nuestro destino era de lo más heterogéneo que he visto en mi vida. Había confiado demasiado en mi amigo y cuando quise darme cuenta era demasiado tarde para rectificar, pues había motivos más que suficientes para despedir a las dos terceras partes de los tripulantes contratados.

Había dos chinos, un cubano, cuatro norteamericanos, un finlandés, un mozambiqueño, un etíope, un italiano y un birmano, en total once hombres, a los cuales debíamos añadir mi criado Julio, más Dávalos y yo. Olga era caso aparte y de buena gana hubiera enviado todo al diablo. La presencia de una mujer en una nave como la nuestra iba a ser —- tenía la sensación — como una mecha encendida permanentemente en un polvorín.

Sin embargo, aún faltaban dos puestos por cubrir: un observador astronómico, un ingeniero nuclear y un cocinero que sería al mismo tiempo radarista cuando su trabajo le dejase libre algún rato. Allí era preciso «doblar» por lo menos una profesión para no correr riesgos innecesarios.

El observador astronómico llegó la víspera de la partida. Era un hombrecillo menudo, de insignificante apariencia y sonrisa conejil que dijo llamarse Ferdinand Bourval. En cuanto hizo su aparición, los tripulantes le endosaron un apodo, del cual ya no se desprendería durante el viaje: «Rabanito» le pusieron y «Rabanito» le llamaremos en el resto de la historia.

Alec sería el capitán, por supuesto. Su segundo oficial era un norteamericano, Fergus Ferguson, y el tercero respondía al nombre de Tsing-Wu, chino de nacimiento. En caso preciso, yo podía echar una mano en las guardias; conviene no olvidar que aún conservaba mi patente de tercer oficial astrogador.

La partida estaba señalada para las 0015 del día 9 de noviembre de 2887, pues el alistamiento de la expedición nos había costado más de dos meses y medio, sin olvidar otra cosa que mencionaré a su hora.

Un cuarto de hora, pues, de pasada la medianoche, la «Rosina» emprendería el viaje con destino a las estrellas.

A las once de la noche, cuando ya sólo nos restaban setenta y cinco minutos de permanencia en la Tierra, faltaban aún por incorporarse dos tripulantes: el ingeniero nuclear y el cocinero. El primero llegó a las once treinta. Era un muchacho de unos veintisiete años temporales, buen mozo, pero de mirada un tanto dura y desagradable. La antipatía fue mutua desde el primer momento en que nos vimos.

—Presente a bordo el ingeniero nuclear, señor — saludó a Wu, el cual se hallaba en la escotilla de acceso, junto a la torre de contacto, a ciento veinticinco metros sobre el suelo.

Yo estaba presente cuando llegó el ingeniero. Por encima del hombro de Wu pude echar un vistazo a los papeles. Así supe que se llamaba Jacques Marignan. Era francés, indiscutiblemente.

—Bien — aprobó el tercero —pase y acomódese. Camarote número seis, segunda litera.

Marignan saludó y pasó al interior de la nave. Consulté mi reloj. A las doce y cinco en punto deberíamos estar todos ya situados en nuestros puestos. La partida no debía demorarse ni siquiera un microsegundo.

— ¡Ese condenado cocinero! — rezongó Wu entre dientes. Faltaban ya sólo once minutos para las doce.

De pronto una menuda figurita corrió allá abajo, a ciento veinticinco metros de profundidad, destacando en negro contra los poderosos reflectores que iluminaban la- enorme mole de la «Rosina». Wu lanzó un suspiro de alivio.

—Ése debe ser el cocinero — dijo.

Efectivamente, el individuo se metió en el ascensor, que lo llevó hasta nosotros en menos de un minuto.

El individuo salió del ascensor y avanzó a lo largo de la planchada, llevando dos objetos en la mano. Uno de ellos era un maletín con, supongo, sus objetos personales, y el otro era una especie de bolsa de viaje de un estrepitoso color naranja, tanto como el menudo casquete que mal sujetaba sus brillantes cabellos rubios.

Me quedé estupefacto al ver que era una mujer. Pero mi estupefacción aumentó al doble cuando la reconocí. Era la muchacha que había intentado atracarnos semanas antes en el Bosque de Bolonia.

— ¡Usted! —barboté, colérico.

Ella sonrió encantadoramente.

—La misma, capitán — dijo.

Sacó sus documentos de uno de sus bolsillos y se los entregó a Wu, en tanto continuaba mirándome con desfachatez.

—Es usted Solange D'Amon — dijo el tercer oficial.

—La misma — contestó ella sin volver la cara siquiera. Alargó la mano y recuperó sus documentos —. ¿Puedo pasar?

—-¡No! —grité de tal modo que Wu no pudo por menos de sobresaltarse —. ¡Usted, una...!

—Cuidado, capitán; no emplee calificativos que pudieran dar origen a una reclamación por mi parte — dijo la muchacha, tan fresca —. Mis documentos están en regla, poseo los títulos de...

—Puede tener los títulos que quiera, señorita D'Amon, pero yo no deseo tenerla a bordo. Conque dé media vuelta y lárguese de aquí en el acto antes de que llame a la policía.

—Muy bien — concordó la chica —. Me iré, pero antes de cinco minutos habré conseguido un interdicto judicial que dejará varada su astronave por rompimiento injustificado de contrato con un tripulante. Artículo 416, capítulo 7, párrafo- tercero de la ley de…

—Con usted no hay leyes que valgan —- rezongué.

—Usted no puede demostrar nada contra mí; carece de las pruebas suficientes, capitán — siguió ella sin inmutarse —. Atrévase a despedirme y verá lo que es bueno.

Wu contemplaba la escena sin comprender en absoluto lo que pasaba entre Solange y yo. Alcé los brazos al cielo y lancé un suspiro de resignación.

—Está bien, señorita D'Amon. Pase. Por ahora no me queda otro remedio que acceder a sus imposiciones, Pero cuando estemos en órbita...

— Mil gracias, señor —- dijo ella de modo encantador.

Fue a pasar por nuestro lado, pero en aquel momento oímos un sonido extraño.

— ¡Guau!

El ladrido del perro provenía de la bolsa de color naranja y nos dejó fríos a Wu y a mí. Solange se puso encamada.

— ¡Un perro!—exclamé, ya definitivamente fuera de mí.

—Es... se trata — dijo la chica, muy turbada—, de... de «Monique», mi perrita... No tiene a nadie más que yo y pensé...

Me vio los ojos que arrojaban lumbre y desapareció por la escotilla antes de que la arrojase de la pasarela al suelo.

Entretenidos con aquel incidente, no nos dimos cuenta de que el

ascensor había funcionado mientras tanto. Antes de advertirlo, Wu dijo:

—Todos presentes a bordo, señor.

—Está bien —- contesté —. Vámo...

—-¡Un momento! — dijo entonces una voz. Volví la cabeza.

De los dos hombres que acababan de subir uno se quedó en la puerta del montacargas, en tanto que el otro avanzó hacia mí. Lo reconocí en el acto.

—Señor Duvrac — dijo, sonriendo tranquilamente.

— ¿Qué desea usted, señor Lavesant? — pregunté con toda la frialdad que me fue posible.

—Mi amigo — el pulgar del joven señaló hacia su espalda — tiene en la mano una orden de detención de la partida de esta nave, basándose en que carece de capitán, con patente en regla. Usted ya sabe que al capitán Dávalos se le retiró la patente y...

— ¡Está bien! —rugí— Hable de una vez: ¿qué demonios quiere?

—Una plaza en la «Rosina», señor Duvrac — contestó el otro sin inmutarse —. Una plaza en su nave o haré que mi amigo le entregue él mandamiento de detención.

— ¡Al diablo usted, su amigo y el mandamiento!— bramé —. Ahora mismo partimos y...

—Muy bien — respondió Lavesant fríamente —. Entonces hágalo. Apenas haya salido de la atmósfera terrestre un par de naves patrulleras irán a su encuentro. Figúrese el resto, señor Duvrac.

Me pasé la mano por la cara. Conté hasta diez. Luego, girando bruscamente sobre mis talones, lancé un bufido:

— ¡Acomode al señor Lavesant en el sitio que le parezca mejor, señor Wu!

Y me fui directamente a mi litera, pues entre unas cosas y otras ya habían pasado casi cinco minutos de las doce.

A las 0005 la torre de contacto empezó a retirarse a un lado, deslizándose suavemente sobre sus bien engrasados carriles. Acto seguido entró en funcionamiento el disparador automático.

A las 0015 en punto la «Rosina» se lanzó al espacio. Comenzaba nuestra gran aventura.

* * *

Una vez estuvo la nave en su órbita y con el rumbo marcado, llamé a Dávalos a mi camarote. Olga acudió también; por lo visto,

tenía algo que decirme.

—Sí — rezongué —, ya lo sé. La chica del atraco está aquí, en la nave. Y no es eso lo malo, sino que, por las trazas, su compañero también forma parte de la tripulación.

—-¿Quién es, Gastón?

—Sospecho de dos, Olga — respondí inciertamente —. Los dos tienen más o menos el mismo aspecto fisonómico, de modo que en una noche oscura como aquélla en que nos asaltaron pueden ser fácilmente confundidos. Uno de ellos es el hijo del capitán Lavesant. El otro es Jacques Marignan, el ingeniero nuclear.

—Pero ella le llamó Damián, recuerda, Gastón.

—-Bueno, ¿y qué? Puede ser un nombre concertado de antemano.

—Posiblemente. Entonces no tendría objeto el que ella se hubiera presentado con el suyo verdadero...

En aquel momento nos interrumpió Dávalos.

— ¿Me llamabas, Gastón?

—-Sí — dije, ceñudo —. Toma asiento.

— ¿Qué te sucede? — dijo Alec —. Te veo hosco.

—Tengo mil razones para ello, Alec— contesté sin rebozo —. Bueno, en realidad quizá no sean mil, sino tantas como tripulantes tenemos en la nave.

— ¿Por qué lo dices?

— ¡Diablos, Alec! ¿Es que no lo ves por ti mismo? Tenemos a bordo la más completa colección de piratas que jamás pudo reunirse en una espacionave. ¿De dónde has sacado este desecho humano?

—No tenía mucho donde elegir, Gastón — dijo Alec compungidamente —Comprende, el tiempo urgía y... Pero te aseguro que todos tienen sus papeles en regla. Los examiné personalmente antes de firmar el contrato de órbita, créeme.

—Eso no me importa. En los tiempos actuales, hasta para robar se necesita documentación. Cualquiera puede proporcionarse una cartilla de órbita con sólo gastarse unos «garants» en un buen falsificador. Y demasiado sabes que hasta ahora en las cartillas de órbita personales no se exige la fórmula molecular. Sellos, fotografías, firmas y huellas dactilares son sencillísimos de reproducir.

—Está bien — dijo Alec, tratando de calmar la tormenta que se le venía encima —. No te preocupes, trataré de vigilarlos a todos y cada uno de ellos.

—No es ahora cuando he de preocuparme, Alec, sino después, cuando estemos en el remolino. ¿Qué hará esa gente entonces?

—La paga es harto buena para que sientan apetencias desmesuradas, Gastón.

—Sí, en condiciones normales. Pero no es posible predecir lo que hará esa gente a la vista del montón de astronaves que nos espera allá arriba. ¿Vamos a tenerles encerrados en sus camarotes en tanto hacemos nosotros la recogida de todo cuanto hay allí de valor?

—Tengo el puño firme, si es a eso a lo que refieres. Te aseguro que se portarán bien.

— ¡Dios te oiga... y nos proteja a los demás! En fin, el daño ya está hecho y no es posible volverse atrás.

—No pasará nada, repito. Estimo que lo que acabas de decir sólo son aprensiones tuyas, Gastón.

— ¡Cuánto me alegraría de que así lo fuera! —rezongué.

Alec se puso en pie, dando por terminada su intervención.

—Tengo trabajo— dijo—. Te ruego me excuses. Condesa...

Olga le saludó con una leve inclinación de cabeza. Después, al quedamos solos, me miró de frente.

—Gastón, quiero preguntarte una cosa.

—Estoy a tu disposición, querida. ¿De qué se trata?

—He estado fijándome, aunque, claro, tampoco he tenido mucho tiempo para ello, en... el cocinero...

— ¿Te refieres a Solange? Ella dijo, y con razón, que no puedo demostrar nada del asalto en que intervino, ¿Era eso de lo que querías hablarme, Olga?

—No, aunque no deje de tener cierta relación, Gastón. Lo único que trato de decirte es si te has fijado en la serie de circunstancias que concurren en la chica.

Fruncí el ceño. No acababa de comprender adónde iba a parar Olga.

—La muchacha tiene dieciocho o diecinueve años, cronológicos por supuesto. Además, se llama Solange y su apellido es D'Amon. ¿No te recuerda nada esto último?

Sentí que las manos me empezaban a temblar. Olga advirtió lo que me sucedía y movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, Gastón —- dijo —. La antepasada de tu difunta esposa, esa cuya imagen figura en el medallón que te entregó el capitán Dávalos, se llamaba Solange D'Arnonveuil. Ésta se llama casi igual, sólo que ha acortado su apellido ligeramente, al suprimir la última sílaba...

—No puede ser, no puede ser — murmuré sordamente.

—Nadie asegura que lo sea, sino que es una posibilidad que

debieras tener muy en cuenta, Gastón. Recuerda que Dávalos sostiene que halló la nave completamente vacía, me refiero a personas o a sus restos, excepción hecha del cadáver de tu esposa. ¿Qué se hizo de la niña? ¿Dónde fue a parar? ¿Cuál fue la suerte que corrió?

Cerré las manos hasta que los nudillos me blanquearon.

— ¡Solange... mi hija!—exclamé.

—Las coincidencias son demasiadas para que no debas hacer, aunque con suma discreción, una investigación a fondo, Gastón. De tu mujer tienes la certeza absoluta que murió; eso es algo, incontrovertible, si hemos de creer a Dávalos; y no hay por qué dudar de su palabra, porque en aquellos momentos no sabía nada del asunto. Pero resulta sumamente extraño que el cuerpo de la niña no estuviese junto al de su madre. Éste es — concluyó Olga con firmeza —- el punto sobre el cual debes centrar el interés de tus indagaciones.

Se puso en pie con desenvoltura.

—Parece un folletín radiado de los que tanto abundaban en el siglo xx, pero es así, Gastón. Los hechos son como son y no como quisiéramos que fueran.

Moví la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí — concordé. Tenía el cerebro hecho un mar de confusiones —. Ahora déjame solo, por favor.

—Claro —- dijo ella suavemente. Se inclinó sobre mí y me rozó la mejilla con los labios -—. Deseo que todo se aclare de la mejor manera posible, Gastón. Para ti... y para mí.

Tomé su mano un momento y se la oprimí afectuosamente. Luego, dejándome entregado a mis pensamientos, salió de la cámara.

Permanecí allí largo rato, en una quietud casi absoluta, apenas alterada por los leves movimientos que ejecutaba al fumar cigarrillo tras cigarrillo. Al fin, sentí que la cabeza iba a estallarme, de modo que me puse el pie y salí de la cámara.

Apenas había puesto el pie en el corredor que conducía al puesto de mando, una voz de tonos metálicos gangueó por los altavoces.

— ¡Corrección de rumbo dentro de treinta segundos!

Busqué con la vista un asidero. No tardé en encontrar una anilla pendiente del techo, ya colocada, como otras varias, a tales efectos, a intervalos regulares, y me agarré a ella. Un poco más tarde, la nave se estremeció ligeramente.

El cuerpo se me puso casi horizontal, como consecuencia de la variación de órbita que había experimentado la astronave, en busca de

la definitiva que debería ponemos en el camino del remolino. Floté unos instantes sin gravedad y luego esperé que al restablecerse ésta, mi cuerpo adoptara una posición normal.

Pero no ocurrió tal como esperaba sino que, por el contrario, mis pies se levantaron aún más hasta quedar perpendiculares por completo a la pared del corredor. Y luego continuaron en aquella postura.

Traté de salir de la misma, contorsionándome con fuerza. Claro está que conseguí algunos progresos, pero en cuanto dejaba de hacer fuerza, mi cuerpo volvía a adoptar la misma posición. En resumen, algo había provocado una alteración en el eje de marcha de la astronave.

Percibí gritos y no digo que carreras, porque de aquella forma no se podía correr de ningún modo, pero sí cierto jaleo, indicador de que las cosas no marchaban bien. Y eso que todavía veíamos la Tierra de un tamaño similar al de la Luna contemplada desde nuestro planeta.

Hube de resignarme, pues, a que los mamparos hicieran de suelo y viceversa, y de este modo, soltándome de la anilla de seguridad, caminé hacia la sala de mandos. Al llegar allí, presencié un espectáculo inaudito.

Salvo un par de tripulantes que, sujetos a sus asientos por las correas, permanecían en lo que ordinariamente hubiera debido ser su posición normal, los demás personas que había allí se encontraban en una posición completamente perpendicular a aquellos. La escena era para marear al más templado, ya que era una inversión completa de los valores del equilibrio funcional al que estábamos habituados.

Entré agachándome por la puerta que aparecía tumbada por completo. Dávalos no me vio entrar, ocupado como estaba en lanzar invectivas a uno de los tripulantes que escuchaba con las orejas gachas el huracán de improperios que brotaban de modo incontenible — y variadísimo —, de la boca de mi amigo.

—Basta ya — dije, cortando el río de palabrotas —. ¿Qué es lo que ha sucedido, Alec?

Me miró con ojos preñados de ira.

—Uno de los chorros direccionales se ha estropeado, Gastón.

CAPÍTULO V



SÍ, al pronto, parecía que la avería no tenía mayor importancia. Pero luego, si se examinaba el caso con mayor atención, resultaba que era un estropicio como para hacer fracasar rotundamente la expedición apenas iniciada.

La avería consistía, no en que el tubo hubiese dejado de funcionar sino en todo lo contrario, en que seguía funcionando, sin que nadie pareciese hallar el modo de cortar el aflujo de carburante al motor del chorro este, como los restantes que servían para la dirección — y no para la propulsión de la nave — actuaba sobre la misma según la intensidad con que se le hacía funcionar. Ahora bien, al efectuar el cambio de órbita, se había liberado una descarga de acuerdo con las necesidades de tal cambio. Después, el piloto, en este caso Wu, había ido cortando gases paulatinamente hasta llegar al momento en que la astronave debía haber adquirido su rumbo definitivo.

Pero ese momento no había llegado, pues si bien los restantes chorros utilizados se habían apagado, éste, el averiado, continuaba en funcionamiento, aunque con menor potencia de la requerida primitivamente. Los mandos a distancia se habían estropeado como fuera y por el eyector continuaba saliendo un río de gases en estado de incandescencia que era, en definitiva, lo que provocaba aquella situación y que consistía, nada menos, en que la «Rosina» giraba continuamente en torno a su eje.

El giro ininterrumpido de la nave provocaba una fuerza centrífuga, que era la que nos hacía dirigir los pies hacia las paredes y la cabeza hacia el centro de la nave. No era incómodo del todo, bien mirado, ni cosa que causase graves perturbaciones anímicas o fisiológicas, pero su prolongación podía ser causa de gravísimos inconvenientes para nuestros fines.

En efecto, si no se conseguía reparar la avería, el chorro seguiría funcionando, con el consumo de combustible que es lógico suponer, y nosotros permaneceríamos en tan extraña postura mientras durase el viaje, pues la fuerza centrífuga provocada por el movimiento de giro superaba a la gravedad artificial creada en el interior de la nave. Había un medio de contrarrestar la acción del eyector averiado y era poner en funcionamiento su par opuesto, primero a una potencia doble para restablecer el equilibrio normal y luego, una vez conseguido éste, dejarlo con una intensidad igual a la del que estaba funcionando. Pero esto era una gravísima desventaja, puesto que representaba un consumo de carburante que nuestra nave no podía soportar de modo alguno.

Era preciso, pues, reparar aquella avería en el menor lapso de tiempo posible. Una prolongada actividad de aquel chorro podía colocarnos en una incómoda situación y tal como se estaban presentando las cosas lo que menos nos convenía era el regreso a la Tierra con el fin de reparar las averías.

Alec paró el chorro de sus disparates y me dijo lo que ocurría. Mientras tanto, en el puesto de mando, Wu y el ingeniero nuclear trataban de restablecer la normalidad sin conseguir ningún resultado práctico.

—Bueno — dije, cuando hubo terminado —, ¿es que tiene este hombre le culpa de lo sucedido?

El acusado me miró torpemente. Me fijé en sus pupilas; estaban contraídas hasta parecer cabecitas de alfiler.

—No sé si la tiene o no — vociferó mi amigo, enseñándome algo que tenía en la palma de la mano izquierda —. Pero mira lo que le he encontrado encima. ¿Te das cuenta de lo que es esto?

Era una hierba de color verdoso gris, tirando a claro, de la cual se desprendía un olor dulzón y nauseabundo al mismo tiempo. Entre las hilachas de aquella hierba se veían unos diminutos fragmentos de papel de fumar.

— ¡Marihuana! — chilló Dávalos —. ¡En este siglo, Gastón!

Volví a mirar al acusado. Mi sorpresa fue aún mayor, porque el hombre no era el único sudamericano que teníamos a bordo y en quien hubiera sido más lógico sospechar como adicto a aquella droga;

sino finlandés y respondía al impronunciable nombre de Shäavo Porkhjavvikhjen.

—Lo mejor que puedes hacer es meterlo en su cámara, encerrarlo bajo siete llaves y dejarle unos cuantos días solo. Claro que antes deberás registrarlo minuciosamente para asegurarte de que no le queda encima ni un solo gramo de la droga. De momento te quitas un cuidado de encima, Alec. Después concéntrate en reparar la avería; cuando lo hayas conseguido, podrás proceder contra este hombre.

—Es un buen consejo — replicó Dávalos, haciendo rechinar los dientes. Agarró al individuo por el cuello y lo empujó hacia adelante —: Vamos, tú; echa a andar.

Una vez hubieron salido los dos hombres de allí, «subí» hasta donde estaban Wu y Marignan, realizando continuadas operaciones con el tablero de control.

El primero meneó la cabeza con aire pesimista.

—No podemos hacer nada desde aquí — dijo —-. Es preciso salir al exterior y ver de localizar la avería desde el casco.

— ¿Cómo piensa hacerlo? —pregunté.

Marignan fue el que me dio la respuesta:

—Llegaremos hasta el chorro y levantaremos la plancha situada inmediatamente encima y que da acceso a las conexiones del motor con los mandos de la cámara. Si es preciso, las destruiremos antes que consentir que esto siga así. Luego ya haríamos otras nuevas o veríamos de arreglamos como pudiéramos.

—Muy bien — aprobé.

Fui a decir algo, pero no tuve tiempo de hacerlo. Un sonido extraño me lo impidió, al mismo tiempo que hacía volver el rostro a mis dos compañeros.

— ¡Guau! —ladró «Monique», irrumpiendo súbitamente en la cámara de mando.

De no habernos hallado en tan incómoda situación, la cosa hubiera sido de risa. La perrita entró alegremente, saltando de modo retozón, pero al no existir apenas gravedad, sus saltos alcanzaban alturas desmesuradas, al mismo tiempo que, como consecuencia de aquella intempestiva centrifugación a que estábamos sometidos, esos mismos saltos carecían en absoluto de dirección y coherencia.

Lancé un gruñido de rabia y me fui hacia el can, con ánimo de expulsarlo a patadas de la cámara. Pero el continuo funcionamiento del chorro hacía que también mis movimientos resultasen influenciados en sentido negativo, así que, en lugar de atrapar al

animal como pretendía, salí disparado en dirección a la puerta.

En aquel momento, una persona entraba por la misma. Chocamos con violencia y nos separamos con el mismo ímpetu, yendo a parar, sin que pudiéramos hacer nada por controlar nuestros impulsos, a extremos opuestos de la cámara. Solange D'Amon lanzó un grito de dolor, en tanto que yo me frotaba el pómulo izquierdo, dolorido a consecuencia del encontronazo con la frente de la muchacha.

— ¡Lárguese de aquí! —vociferé, lleno de cólera —. Váyase en el acto con su maldito bicharraco o...

La muchacha me miró compungida. Era evidente que mis denuestos la habían impresionado.

—Ven, «Monique» — dijo.

La perrita acudió a su llamada, agitando la cola alegremente.

Solange se la puso bajo el brazo. Volvió a mirarme.

—Bueno — refunfuñé —, la verdad es que me he portado un poco groseramente con usted, señorita. Pero debe pensar en la avería que nos ha puesto a todos los nervios a flor de piel. Olvide lo que le dije... y en lo sucesivo procure tener mejor sujeta a «Monique».

—Gracias, capitán —- dijo la chica.

—No se acostumbre a llamarme lo que no soy — contesté —. El capitán es otra persona.

—Sí, señor. Gracias, señor. — Y se retiró graciosamente.

Me mordí el labio en tanto la veía salir. ¡Solange D'Amon! También mi hija se había llamado Solange, según deseo de su madre y en memoria de su antepasada, la señora D'Amonveuil. ¿Qué extraña coincidencia había traído a la muchacha hasta la nave?

Entró Olga, apartando mi atención de Solange. También quería saber qué cosa tan rara había sucedido y que trastocaba por completo la conformación axial de la nave.

Se lo expliqué lo mejor que pude. Pero apenas había terminado, vi que su rostro adquiría un color verdoso y que se tambaleaba de un lado para otro, como si fuera a desplomarse, víctima de un desmayo.

Alargué los brazos hacia ella, sosteniéndola con fuerza.

—-¡Olga! ¿Qué te sucede?

Sacó un pañolito del bolsillo de su traje y se lo puso, en la boca, al mismo tiempo que señalaba con la mano hacia la gran lucerna de proa de la nave. Luego cerró los ojos y volvió la cara.

Miré hacia donde me había indicado Olga y al momento sentí que el estómago quería escapárseme por la boca. Entonces comprendí lo

que le pasaba a la joven.

Wu había quitado, mediante el mando a distancia, las planchas protectoras de la lucerna, con el fin de realizar una observación exterior, pero el movimiento de giro de la nave, hacía ver las estrellas dando vueltas en tomo a nosotros. La rapidez de giro era relativamente notable y por ello el voltear de los astros infundía aquella poco agradable sensación de mareo.

Rodeé con mi brazo los hombros de Olga y la empujé suavemente hacia la puerta.

—Ven, salgamos de aquí — dije, y antes de cumplirlo del todo, me volví hacia los dos hombres que quedaban allí —: Avísenme cuando vayan a examinar el chorro; quiero ir con ustedes.

—Bien, señor Duvrac — dijo Wu con acento flemático.

Al llegar a la cámara de Olga advertí que casi había sido peor el remedio que la enfermedad. La cama parecía puesta en la pared y la lucerna quedaba situada en el lecho. Pero no acababa ahí todo, sino que al mirar hacia arriba se veía desfilar rápidamente a las estrellas. Aquí no giraban, como vistas desde la proa, sino que pasaban velozmente, de un modo tan mareante y perturbador como el anterior.

Dejé a Olga tendida, sobre la cama, con los ojos cerrados. Me fui hacia el intercomunicador y llamé a Solange.

Ordené:

— ¡Señorita D'Arnon! ¡Haga el favor de acudir inmediatamente a la cámara número quince!

La muchacha llegó unos momentos más tarde. Me miró inquisitivamente y luego su vista se posó sobre la figura tendida en el lecho.

—La condesa Zanetski se ha sentido indispuesta— manifesté —. Hágame el favor de atenderla, pues yo tengo trabajo en otra parte.

—Muy bien, señor — contestó la chica sin inmutarse.

Salí de la cámara y me fui en busca de Dávalos.

Lo encontré en uno de los dormitorios para tripulantes, una cámara con cuatro literas en donde estaba mi amigo con el finlandés y otro tripulante, un tal Purdue, norteamericano.

Dávalos me enseñó el botín hallado, una bolsa de tela repleta de la maléfica droga. Blandió su hallazgo como si fuese una bomba de mano.

— ¡Mira lo que he encontrado! —rugió—. Hay aquí marihuana suficiente para intoxicar a la tripulación entera durante un año seguido.

—-Muy bien — dije —El mejor remedio para acabar con estas

cosas es cortarlas de raíz. Tíralo al espacio y verás cómo no tendrás más conflictos.

—De acuerdo — dijo mi amigo. Luego se volvió hacia el otro tripulante—: Purdue, mientras no disponga yo otra cosa, usted se va a quedar aquí vigilando a este condenado Porkh... o como diablos quiera que se llame. Échelo en la litera y amárrelo con fuerza, ¿estamos?

—Sí, capitán.

Porkhjavvikhjen se dejó hacer sin la menor resistencia. Era evidente que se hallaba en la fase depresiva de la intoxicación y en aquellos momentos estaba casi por completo ausente de cuanto le rodeaba. Se dejó hacer sin la menor resistencia y cuando hubimos comprobado que quedaba perfectamente sujeto, salimos de la cámara.

Dávalos arrojó la marihuana por el expulsor de desperdicios. Luego dijo:

—Lo tendremos atado todo el tiempo que haga falta. Será una cura de caballo; o le quitamos la afición a la maldita droga o se muere. — Y se fue como un huracán, barbotando mil imprecaciones.

En aquel momento sonaron los megáfonos.

— ¡Señor Duvrac, a la cámara de descompresión!

Me encaminé hacia el lugar indicado. Al llegar allí, vi a Wu y a Marignan, quienes estaban ya preparándose para salir al espacio.

El segundo dijo:

—Tenemos ya todo listo, señor. Puede vestirse cuando guste.

—Gracias — contesté, tomando uno de los trajes.

En aquel momento, una mano pasó por encima de mi hombro.

—Permítame que le ayude a ponérselo, señor Duvrac.

Me volví. Era Lavesant, en cuya boca vi brillar una fina sonrisa, no sé si de ironía, superioridad o ambas cosas a la vez. El caso es que me irritó notablemente, bien que me viera obligado a agradecerle el gesto.

Una vez embutido en el traje de vacío y comprobado el perfecto funcionamiento del suministro de oxígeno, así como del regulador de temperatura, pasamos a la esclusa, donde vi dispuestas un par de cajas que supuse de herramientas necesarias para una primera inspección. El propio Lavesant manejó los controles y un minuto después nos hallábamos en el espacio, bajo el frío e inmutable resplandor de las estrellas.

Cada escafandra lleva un cinturón de seguridad, en torno al cual se enrolla una fina cuerda, concluida en un pequeño gancho que se

pasa por una anilla situada en el exterior del casco, con el fin de que el que se encuentra fuera de la astronave no pueda ser arrojado al espacio, en donde su muerte, una vez agotado el oxígeno, sería indudable. Además, los trajes van provistos de zapatos con suela magnética para que se adhieran al casco al caminar sobre éste, normas de seguridad ambas tan viejas como la misma astronáutica y que no han sufrido variación alguna, lo mismo que la pistola propulsora, desde que el hombre consiguió su más viejo sueño: sustraerse a la gravitación de la Tierra.

Sin embargo, debido al movimiento de rotación de la nave, no podíamos utilizar la cuerda de seguridad, pues hubiéramos terminado enrollados alrededor de la misma o disparados a lo lejos por la fuerza centrífuga, según nuestra posición en el momento de despegar ambos pies. Era preciso, pues, fiar en las suelas magnéticas y así hubimos de caminar lentamente por encima del casco hasta llegar casi al final del enorme aparato, a cien metros de distancia de la escotilla de acceso al mismo.

Allí vimos rugir silenciosamente las llamas del chorro direccional, devorando ingentes cantidades de combustible a cada segundo. Comparativamente, el escape era pequeño, poco más que el agua que entra en una casa por una gotera un día de lluvia, pero ya es sabido que si esa gotera no se tapa, el suelo acaba por inundarse. Y aquí nos iba a pasar a nosotros algo parecido, sólo que a la inversa, si no nos dábamos prisa en actuar.

Wu y Marignan pusieron manos a la obra inmediatamente. A unos dos metros por encima del chorro eyector había una gran plancha de acero, de otro tanto de largo por un metro veinte de ancho. Cada uno de los dos tomó un destornillador y empezó a quitar los tornillos que sujetaban la plancha al casco.

En un cuarto de hora quedó concluida la operación, dejando al descubierto el sistema de conexiones y enlaces de aquel motor. Yo entendía un poco, naturalmente, recuerdo de mis viejos tiempos de astronauta, pero desde entonces las naves se habían modernizado no poco y las cosas habían cambiado bastante, hasta el punto de que no veía ante mí sino un confuso maremágnum de cables y tensores de todas clases, que maldito si significaban algo para mí.

El chino y Marignan se enzarzaron en un ininteligible diálogo técnico acerca de lo que tenían ante sus ojos. De acuerdo con Dávalos, que se había quedado en la cámara de mando, hicieron varias pruebas para extinguir el chorro, convenientemente enlazados por radio, sin que en ningún caso consiguieran el propósito que buscaban.

—Bueno — resopló Wu al cabo de unos momentos de terca e infructuosa labor —; no nos queda otro remedio que subirnos las

mangas de la camisa y meternos de narices en este laberinto.

Naturalmente, lo de subirse las mangas no dejaba de ser una metáfora, mas era preciso reconocer que había que hacer algo parecido para empezar a trabajar en aquel hueco. Wu requirió un destornillador, un cortaalambres y una llave inglesa y, arrodillándose en el casco en posición inversa a la de giro, con objeto de que la fuerza centrífuga le mantuviera pegado al mismo, metió la mano y agarró una de las conexiones.

En aquel momento estalló un chispazo deslumbrador. Fue un fogonazo de tonos azules, lívidos, de una potencia lumínica increíble, que no produjo el menor ruido por hallamos en el vacío. Vi que el chino se contorsionaba, epilépticamente y percibí un agudo grito da Marignan.

Éste quiso precipitarse en auxilio de su compañero, que se había quedado inmóvil, rígido como una estatua.

— ¡No lo toque! —chillé a través de la radio.

Marignan se detuvo, mirándome estupefacto. No acababa de comprender los motivos de mi actitud.

Fui a decir: « ¡Está electrocutado!», pero no tuve tiempo. La nave sufrió una fuerte sacudida.

El estremecimiento resultó de una violencia increíble. El chorro eyector envió al espacio una gran llamarada. Sentí que mis pies se despegaban del casco con gran dificultad a causa de la adherencia de las suelas magnéticas. Esto me produjo en las piernas la misma sensación que si fueran a arrancármelas de cuajo, pero cuando quise darme cuenta real de lo que me sucedía, me encontré flotando libremente en el espacio.

— ¡Señor Duvrac! — gritó Marignan, quien, de modo increíble había conseguido mantenerse pegado a la nave.

Ésta empezó a alejarse rápidamente de mí. Marignan se desenrolló de la cintura la cuerda de seguridad, operación en la cual tardó apenas unos segundos y luego me la lanzó. La cuerda quedó recta, tensa, como arrojada por un faquir indio. Alargué la mano y sentí el leve roce de mis dedos contra el gancho de su extremo. Pero no pude asirlo y la distancia aumentó más todavía.

Esto no me preocupó demasiado. Tenía a la cintura la pistola propulsora, que saqué de su funda inmediatamente. Apreté el gatillo pero no ocurrió nada.

CAPÍTULO VI



N el espacio, y para trayectos cortos, se usa la pistola propulsora, un artefacto muy similar, en su forma, a las pistolas de «matar», aunque, lógicamente, con un fin mucho más pacífico. Se emplea para pequeños desplazamientos, lanzando una pequeña descarga de gases en dirección exactamente opuesta a la cual se quiere ir, mediante una simple presión en el gatillo. Su funcionamiento es sencillo y efectivo... cuando el depósito de gases de la pistola está lleno.

Apreté nuevamente el disparador, obteniendo el mismo negativo resultado de la vez anterior. Un sudor frío me cubrió de pies a cabeza,

a pesar de la relativa calefacción de mi traje espacial, al comprobar que la pistola no funcionaba. Lo realmente efectivo era que me alejaba cada vez más de la astronave, cuyo tamaño se hacía más y más pequeño a cada segundo que transcurría.

Marignan lanzó una exclamación.

—Vuelva, señor Duvrac! ¡Utilice la pistola de gases!

—Eso es precisamente lo que estoy tratando de hacer — rezongué —. Lo malo es que no funciona.

Percibí claramente el ansioso jadeo del muchacho.

— ¡Eh! —y tras unos momentos de indecisión—: ¡Aguarde, ahora voy por usted!

La «Rosina» era ya poco más que una chispa de plata en el espacio. Se alejaba de mí en tal forma que parecía ir hundiéndose, en tanto que, por contraste, yo creía ascender al cielo.

De nuevo volvió a sonar en mis auriculares la voz de Marignan.

— ¡Señor Duvrac!

—Sí, aquí estoy — dije, procurando conservar la calma.

—Mi pistola tampoco funciona.

En este momento fue cuando verdaderamente me quedé helado. La nave había desaparecido ya por completo de mi vista. ¿Podrían localizarme luego? Un aparato como aquél en que viajábamos no invierte su rumbo tan fácilmente, no gira en el espacio con la misma facilidad que un avioncito de recreo. Aun en las circunstancias más favorables, esto es, teniendo en cuenta que prácticamente estábamos recién salidos del planeta, viajaba ya a una velocidad superior a los setenta y cinco mil kilómetros a la hora, velocidad que iba aumentando paulatinamente, en busca de la de crucero, que no debíamos alcanzar — hablo de circunstancias normales —, sino hasta pasados unos días, a fin de no someter a los organismos a los efectos de perjudiciales aceleraciones.

Naturalmente que la nave podía volver a buscarme. Pero un viraje a aquella velocidad insume un semicírculo de muchos kilómetros, centenares, si no millares, de radio, y una vez que lo hubieran conseguido, quedaba en pie la cuestión de mi localización por el radar.

Todos estos puntos cruzaron velozmente ante mi imaginación en el corto espacio de un segundo. De nuevo volví a escuchar la voz de Marignan.

— ¡Señor Duvrac!

—Sí, le escucho.

—No se apure. Trataremos de salvarle como sea.

—Gracias, Marignan.

Miré a derecha e izquierda. Solo. Estaba solo en el inmenso vacío, rodeado de estrellas que permanecían fijas e inmóviles, suspendidas de la bóveda celeste, mirándome con sus quietas y calladas pupilas, como fieras que esperaban al acecho el momento propicio para devorarme. A mi derecha, la Luna, reducida a la mitad de su tamaño normal, y a mi izquierda la Tierra, ligeramente inferior visualmente a aquélla. Y el Sol por encima de mi cabeza, derramando sus invisibles rayos de luz en el espacio, sobre mí y sobre la nave que ya no alcanzaba a divisar.

Pasó un rato cuya duración no puedo precisar. Marignan y yo cambiamos algunas frases, de aliento por parte de él, pero nuestra conversación no brillaba por su amenidad. Ya no podía saber siquiera dónde estaba la «Rosina.»

Un sueño pesado empezó a invadirme los párpados. Traté de mantenerme despierto, moviendo los brazos y las piernas, pero mis movimientos resultaban tan infructuosos como ridículos. Empecé a cantar para darme alientos, pero también me cansé de ello.

Los ojos se me cerraron un par de veces. Súbitamente, un terror loco, insuperable, me invadió el espíritu. Empecé a gritar como un demente.

De pronto, perdí el conocimiento.

No sé — ni probablemente, lo sabré nunca —-, lo que me sucedió durante aquellos angustiosos momentos. La reserva de oxígeno estaba calculada para seis horas y las pilas que suministraban calor al traje duraban un tiempo similar. Posiblemente no permanecí tanto tiempo fuera de la nave — es lógico suponerlo así, puesto que estoy vivo. Cuando desperté, vi una cara junto a la mía.

— ¡Señor Duvrac!

La expresión ansiosa que se veía en el lindo rostro de Solange desapareció al instante, siendo substituida por otra de alivio.

— ¡Está bien, está bien! — repitió la muchacha,

—Sí... — contesté con un balbuceo —, creo que... sí.

—Muy bien — dijo la muchacha resueltamente —. No se preocupe de nada. Déjeme hacer; yo le remolcaré hasta la nave.

Ató su cuerda de seguridad en tomo a mi cintura y luego empuñó la pistola propulsora. Levantó el brazo y soltó un par de descargas de cortísima duración — luego me diría que eran de advertencia para su localización desde la nave. Acto seguido, se encaminó hacia la «Rosina».

— ¿Cómo se las va a arreglar para guiarse? —pregunté, aún

aturdido —. No veo la astronave desde aquí, señorita D'Amon.

—Tenga los ojos bien abiertos, señor Duvrac — contestó fríamente la muchacha —. Cuando vea alguna señal avíseme y corregiré el rumbo.

Apenas había pronunciado Solange estas palabras, vi brillar allá abajo, a una distancia que me pareció inconmensurable, el vivido resplandor de un fogonazo.

Calculé la dirección que llevábamos y así se lo dije a la muchacha, la cual corrigió el rumbo de inmediato. Ella no podía ver las señales visuales, puesto que tenía que «navegar» de espaldas a nuestro punto de destino y, por lo tanto, tenía que fiarse de mis indicaciones. Después de un par de fogonazos más, tuve la seguridad de que no nos perderíamos.

Entonces pregunté:

— ¿Cómo ha venido usted a buscarme, señorita D'Arnon? ¿Qué hacen los hombres que hay en la nave?

— El primero en querer venir en su busca fue el propio capitán Dávalos. Pero entonces estalló una especie de motín a bordo. Los tripulantes se negaron rotundamente a dejarle salir, arguyendo que un capitán no debe abandonar su nave si no es en caso de siniestro.

— ¿Y no hubo ninguno que quisiera venir a salvarme? — preguntó, lleno de estupefacción,

—Como lo oye. Bueno, Marignan sí quería, pero estaba fuera cuando se produjo todo el lío. Entonces me puse yo la escafandra... y aquí estoy. La condesa también hubiera venido, pero no se lo consentí; ella no tiene la menor práctica en estas cosas y más hubiera resultado un estorbo que una ayuda.

Fruncí el ceño.

—Usted, en cambio — manifesté —, parece muy práctica en el manejo de la pistola propulsora. ¿Dónde lo aprendió?

—Tengo el título de camarera de astronave. Hube de realizar las prácticas correspondientes para obtenerlo. ¿Cómo piensa, si no, que hubiera podido entrar a formar parte del rol de la «Rosina»?

—Tiene usted respuesta para todo, señorita D'Arnon — exclamé admirado —. ¿Ya consienten sus padres en que haya elegido una profesión tan peligrosa?

Mi pregunta encerraba, una doble intención. Esperé la respuesta anhelosamente,

—No tengo padres que me prohíban nada — contestó ella con sencillez.

La miré. Estaba a unos diez metros de mí y apenas podía divisar

de ella nada que no fuera el bulto que hacía. Sentí que el corazón se me detenía en el pecho durante unos instantes. ¿Iba a ser aquella muchacha la hija que yo había perdido sin conocer tan siquiera?

—Lo siento — murmuré confusamente.

Poco más tarde, alcanzábamos la nave. Penetramos en la escotilla y al sentir que la puerta se cerraba a mis espaldas, sentí un infinito alivio.

Apenas hubimos penetrado en el interior de la nave, ya despojados de nuestros respectivos trajes espaciales, Olga se arrojó en mis brazos, sollozando espasmódicamente.

Acaricié con suavidad sus cabellos.

—No llores — dijo un poco enojado por la escena —. Estoy bien y eso es lo que importa.

—Es... es que...—-hipó — he... he pasado tanto miedo... Hubiera querido salir en tu busca, pero no me lo permitieron.

—-Ha sido mejor así — contesté —. Ya estoy de vuelta y a ti no te ha pasado nada. Anda, ve a tu camarote.

Olga me miró a través de las lágrimas que empañaban sus bellos ojos. Asintió tímidamente y se retiró.

Entonces me di cuenta de que Solange ya lo había hecho. Me quedé frente a frente de Dávalos, Marignan y algún otro.

Alec trató de disculparse.

—Chico, lo siento; hubiera ido en tu busca, pero...

—No sigas — le atajé con brusquedad —; estoy enterado de todo. Ahora estoy hambriento y cansado. Mañana hablaremos tú y yo. A solas — concluí significativamente.

—Muy bien — concordó mi amigo, retirándose, en unión de los restantes tripulantes, cuyos rostros no mostraban ninguna amistosidad hacia mí.

Marignan se me acercó, estrechándome la mano con fuerza.

-—Me alegro sinceramente de que se haya salvado, señor — dijo.

—Gracias, muchacho. ¿Y el piloto Wu?

El rostro de Marignan se ensombreció.

—Ha muerto. Electrocutado.

—Ya me lo temía — dije.

—El chorro está reparado ya, señor. Ahora seguimos el rumbo normal.

—Eso es bueno. ¿Fue usted quien hizo la reparación?

—Sí, señor.

—Le felicito. Tendré en cuenta su gesto en el momento oportuno, Marignan. No soy hombre de los que olvidan las cosas.

—Me limité a cumplir simplemente con mi deber, señor.

—A pesar de todo. Hasta luego.

Con paso lento y fatigado me encamine hacia mi cámara, en donde Julio, cuya alegría había sido inmensa al verme regresar indemne, me sirvió una cena substanciosa. Al concluir, sentí qué el sueño me vencía y me dormí casi en el acto.

No desperté hasta la mañana siguiente, hablando en términos terrestres, naturalmente. Cuando lo hice, mandé a Julio que me trajera el desayuno y al capitán Dávalos. Uno tras otro, claro.

Alec vino casi en seguida.

—Me alegro de que te hayas repuesto, Gastón — dijo sinceramente —No sabes cuánto lamenté el suceso.

—Más lo lamenté yo, Alec — contesté sin rodeos. Y, en el mismo tono, proseguí —: Estamos ya en una situación que no permite los retrocesos. De lo contrario ten por seguro que te quitaría el mando de la nave en el acto.

La cara de mi amigo se puso del color de la púrpura.

— ¡Gastón!

—Déjame hablar — le interrumpí, muy irritado —. No se trata ya de que hayas o no podido acudir en mi auxilio, sitio de que, al someterte a los caprichos de la tripulación, has sentado un precedente que quiera Dios no acabe resultando funesto. Podrás ser buen astronauta, no te lo niego; pero en cambio no sabes mandar ni imponerte a tus hombres. No me extraña que acabaran retirándote la licencia — concluí con tono punzante.

—Si crees que puedes hacerlo mejor que yo — dijo encrespándose —, ¿por qué no tomas tú el mando de la nave?

—Eso es precisamente lo que pensaba hacer. Reúne a la tripulación.

Alec se puso en pie, lívido de ira.

— ¡Gastón, si lo haces, juro que...!

Salté del lecho y me aproximé a él.

—Tú no harás nada, sino lo que yo te ordene, Alec— dije enérgicamente —. Y obedecerás, porque te conviene. Dijiste que querías hacerte rico. ¿Piensas que vas a encontrar otro iluso en la Tierra que haga caso a tus palabras como lo he hecho yo? Sí, puedes marcharte; toma un bote salvavidas; aún estamos a distancia conveniente de la Tierra para que puedas hacerlo sin peligro. Pero ¿qué harás allí sin mí? ¿Quién requerirá tus servicios? ¿Quién

arriesgará una sola centésima por ti?

Mis razones eran incontrovertibles. Alec crispó los puños, en tanto abría y cerraba convulsivamente la boca, como si quisiera tomar aire.

Al fin, dijo:

—Voy a reunir la tripulación. Te avisaré cuando los tenga a todos juntos.

—Muy bien — contesté.

Y mientras salía de la cámara, salté del lecho.

Un cuarto de hora más tarde; vestido y aseado, me encontraba en el comedor de la nave, rodeado por una docena de caras hoscas y poco acogedoras, que me miraban con mal disimulada hostilidad. A excepción de Olga, Solange y Marignan, no pude encontrar una sola mirada de afecto, Dávalos incluido. El único que parecía diferenciarse de los demás era Lavesant, en cuya boca flotaba una irónica sonrisa que me molestó no poco.

Ya habíamos recorrido cerca de tres millones de kilómetros desde nuestra partida de la Tierra y la nave continuaba acelerando. Dentro de cuarenta y ocho horas, habríamos alcanzado la velocidad requerida y entonces nos lanzaríamos a través del espacio en busca de nuestro objetivo, apartándonos para ello, de una manera radical, de todas las Espaciolíneas conocidas y transitadas hasta entonces.

Mis palabras fueron breves pero contundentes.

—A partir de ahora — dije —, van a producirse algunos cambios en la situación de la nave. Nominalmente, el capitán Dávalos será su comandante, pero única y exclusivamente en lo que compete a la parte técnica y a la astrogación. En lo demás, el único que manda aquí soy yo. Quiero dejar esto bien sentado, para evitar luego enojosas interpretaciones que pudieran dar lugar a incidentes desagradables. Espero que hayan comprendido bien lo que he dicho. Nada más. Pueden retirarse.

Mi peroración fue tan corta y rápida, que ninguno de los presentes tuvo tiempo de efectuar la menor objeción. En completo silencio, uno tras otro, se fueron retirando hasta dejarnos solos a Olga y a mí.

La joven no pudo contenerse y se me abrazó estrechamente, ocultando su rostro en mi pecho.

—Oh, Gastón — murmuró quejumbrosamente —. No sé por qué, pero tengo miedo, mucho miedo. Quisiera que no me llamaras ridícula... sin embargo, esto es algo que no puedo ocultar, por mucho que lo estoy deseando.

Acaricié suavemente sus negrísimos cabellos.

—Desecha todas esas preocupaciones, querida — dije —. Creo que con lo que acabo de decir, hay más que suficiente. Si los tripulantes tienen dos dedos de frente, sabrán lo que les conviene y lo que no les conviene hacer, ¿comprendes?

Ella asintió con leve gesto.

—Ayer... cuando me enteré de que te habías soltado... Oh, fue espantoso. Creí que iba a estallar un auténtico motín. Los tripulantes protestaban a grito pelado y por un momento pensé que se arrojarían sobre Dávalos.

—De modo que no le dejaron salir en mi auxilio — murmuré.

Olga dijo:

—Así fue, Gastón.

— ¿Y Lavesant? ¿Te fijaste en lo que hizo? —preguntó inesperadamente.

—No pareció unirse a los amotinados — respondió Olga—, aunque tampoco me dio sensación de que le disgustara lo que estaba sucediendo.

Asentí con gesto pensativo. Olga notó mi preocupación.

— ¿Sospechas algo turbio de ese joven? — dijo, ansiosa.

—No es trigo limpio — respondí —. Consiguió subir a bordo mediante coacción y su forma de proceder no es la más adecuada, supongo, para conocer la suerte que corrió su padre.

— ¿Significa eso que puede hallarse trae lo ocurrido?

Levanté los hombros con gesto hastiado.

— ¡Qué puedo decirte yo, cariño! — contesté —. Prácticamente, llevamos sólo veinticuatro horas de vuelo y ya han ocurrido varias cosas que no tienen nada de esperanzadoras. Ha muerto electrocutado un oficial, un chorro resultó averiado, yo estuve a punto de perderme en el espacio, un pequeño motín, un adicto a la marihuana, he tenido que desposeer del mando al capitán... ¿Quieres más cosas en tan corto espacio de tiempo? Si seguimos así, no sé qué habrá sucedido cuando lleguemos al remolino.

Olga se estremeció.

—Ahora me arrepiento de haber emprendido el viaje — murmuró.

La atraje junto a mí. Ella puso sus manos sobre mis hombros, en tanto que apoyaba su cabeza sobre mi pecho.

—-Repito que no debes preocuparte, querida —- dije —. Todo saldrá bien, espero. Esto no ha sido más que la acumulación de una

serie de desafortunadas coincidencias que no volverán a repetirse. Todo se desarrollará bien y pronto podrás tener lo que tanto ambicionabas.

— ¿Crees que ahora pienso realmente en el dinero?

— murmuró, mirándome de modo singular.

La tomé por la parte alta de los brazos.

— ¿En qué otra cosa piensas, pues?

Olga sacudió la cabeza.

—No quiero decírtelo, Gastón. Espero... a que todo haya concluido satisfactoriamente. A veces... pienso que tú también me quieres, pero me digo si no estaré luchando vanamente contra un recuerdo que no pueda borrarse de tu corazón. Entonces me digo que será mejor dejarlo todo y...

Se calló de repente. Y yo no supe qué contestar, pues, en el fondo sus palabras estaban cargadas de razón. El recuerdo de Eva, a pesar de su presencia, fresca y fragante, permanecía aún presente en mi espíritu, como el día en que nos viéramos por última vez.

Olga se marchó, con los hombros hundidos. Extendí la mano para llamarla, pero algo me detuvo; no me sentí con fuerzas suficientes para hacerlo.

Dos días más tarde, la astronave ejecutó un cambio de rumbo radical. Viró 90 grados y se remontó en sentido completamente perpendicular al plano de la órbita de nuestro planeta.

CAPÍTULO VII



A inmensa mayoría, por no decir todos, de los viajes astronáuticos, se efectúan prácticamente en un espacio de dos dimensiones: longitud y latitud; es decir, en un plano que coincide sensiblemente con el de la eclíptica terrestre. La eclíptica es el plano en el cual se desarrolla la órbita de nuestro planeta y que pasa por el Sol. Las órbitas de los restantes planetas están situadas en planos que difieren muy poco del anterior, sólo unos pocos grados, por lo cual no es aventurado decir que todo nuestro sistema solar se mueve prácticamente en un mismo plano, dadas las dimensiones del mismo, que viene a alcanzar, según la órbita del más distante de los planetas, Plutón, unos trece mil millones de kilómetros de diámetro.

Estos cálculos, repito, son aproximados, ya que las órbitas no son exactamente circulares ni ninguna de ellas coincide, matemáticamente, en el mismo plano. Pero al desarrollarse en una distancia tan enorme, puede considerarse como si así fuera. Si nos imaginamos que los planetas son bolas que giran, en torno a un mismo punto, sujetas por sendos cordeles de distancias proporcionadas a las que tienen en la realidad, podemos ver que esas bolas, en su giro, no están situadas todas a la misma altura, es decir, en el mismo plano, aunque las diferencias de nivel sean escasísimas, despreciables.

Sobre este plano, pues, hablando «grosso modo» se desarrollan los viajes espaciales. Claro es que hay asteroides y planetoides cuyas órbitas son notablemente excéntricas y con un ángulo muy acusado respecto a la de la Tierra, pero esos minúsculos astros carecen de valor en relación con la navegación por el espacio, ya que apenas, por no decir nunca, son visitados. En cambio, los nueve planetas y sus satélites, especialmente los mayores, son puntos de partida y destino para, infinidad de astronaves que no cesan de viajar de un lado para otro. La Tierra se nos ha quedado pequeña y ha sido forzoso el establecimiento de grandes colonias, donde descargar el exceso de población humana.

Todos los planetas, hoy, están habitados, sin excepción. No hay ser más fiero y, al mismo tiempo, más acomodaticio, que el humano. Lo mismo en los ardientes páramos de Mercurio, que en los hielos eternos de Plutón, en los nubosos pantanos de Venus o en los arenosos desiertos de Marte, existen actualmente grandes ciudades, construidas convenientemente para que el hombre pueda resistir sin daño el clima

extremado de dichos astros. Naturalmente, la actividad entre los planetas es -grandísima y la navegación espacial, como toda otra actividad humana que está en constante funcionamiento, ha alcanzado progresos considerabilísimos.

Sin embargo, nosotros no íbamos a viajar en ese supuesto plano de que acabo de hablar. Nuestro punto de destino estaba situado en un lugar casi perpendicular con el mismo, hacia el polo de la esfera terrestre, a unos cuatro mil millones de kilómetros de distancia, como si dijéramos, «encima» ó «sobre», pero no en forma paralela a dicho plano.

Una vez alcanzado el lugar conveniente y sin dejar por ello de acelerar continuamente, la «Rosina» ejecutó un amplísimo viraje de varios decenas de millares de kilómetros de radio. Al salir del viraje había adquirido ya la órbita definitiva y estábamos a punto de alcanzar la velocidad de crucero que nos iba a llevar, en unas ocho semanas, aproximadamente, al lugar deseado.

Durante las dos primeras semanas de nuestro viaje, no volvió a ocurrir nada de particular. A fuerza de dieta, el finlandés se curó de su afición a la marihuana. Como había dicho Dávalos, o se curaba o moría. Hizo lo primero, de modo que en cuanto estuvo repuesto, se incorporó al servicio.

Un bien día, «Rabanito» vino a verme. Estaba yo haciendo unos cálculos en mi cámara, recordando mejores tiempos, y levanté la cabeza al verlo entrar.

El hombrecillo parecía temeroso y volvía la cabeza con frecuencia como si temiera ser oído.

— ¿Qué le sucede, señor Bourval? —pregunté—. ¿Le persigue alguien?

—Nnno... capitán. Es... únicamente, quería hablarle...

Se interrumpió. .Estaba visiblemente nervioso y se enjugaba continuamente el sudor de la frente con un pañuelo.

—Vamos, hable sin temor, señor Bourval, Nadie nos oye y le aseguro que todo cuanto me comunique será considerado estrictamente confidencial. ¿Qué ocurre?

—Verá…, quería decirle,.. Usted recuerda, el tercer oficial, Wu.

—Sí. Murió electrocutado. Yo lo vi.

Bourval tragó saliva.

—Bien, pues no fue un accidente, sino algo intencionado.

Traté de dominar la sorpresa que aquellas palabras me habían producido. Siempre había, sospechado algo turbio en aquella descarga eléctrica y luego en el súbito chorro de gases que me habían

lanzado al espacio, pero hasta el momento presente y pese a mis discretas indagaciones, no había tenido la menor confirmación de mis suposiciones.

— ¿Está seguro de ello? — pregunté con cierta indiferencia.

—Por completo, capitán.

—El capitán es el señor Dávalos — rectifiqué.

—Pero usted manda a bordo, señor.

—Bueno, dejémonos de discusiones sobre las graduaciones — dije —. Concretemos. ¿Por qué sabe usted que fue intencionado y no un hecho casual?

Bourval se mojó los labios con la lengua. Agitó nerviosamente los dedos y luego dijo:

—Duermo en la misma cámara que el señor Lavesant. No he cambiado con él más que las palabras necesarias para no parecer un grosero y un descortés, pero, en cambio, yo... Bueno, verá lo que sucedió. Hace un par de días estaba en mi litera, durmiendo, cuando entró Lavesant acompañado de otro individuo. Hablaron sin darse cuenta de que yo estaba allí. Dijeron que había sido una lástima que hubiera fallado el golpe y que tenían que volver a repetirlo, pero con la seguridad de no errar esta vez.

—Eso que está diciendo es muy interesante, señor Bourval. No obstante, no acabo de entender qué beneficio puede reportarles mi muerte.

—Yo tampoco, señor. Pero he creído mi deber advertírselo. Le estimo y sé que es una buena persona. No me gustaría que le sucediera nada, la verdad.

Y al concluir estas palabras, «Rabanito» se puso en pie. Todavía se le veía nervioso y desasosegado.

—Muchas gracias, señor Bourval — dije —. Tendré en cuenta sus recomendaciones y, en el momento oportuno, sabré agradecérselas con algo más que con simples palabras.

—Lo hice sólo porque lo consideré mi obligación, capitán. Buenos días.

Al quedarme a solas, permanecí unos momentos distraído, pensando en las causas que podían tener aquellos individuos para desear mi muerte. No encontraba justificación alguna, excepto que se hubiesen enterado de la finalidad de nuestro viaje y pretendiesen quedarse con mi parte de botín. En tal caso, ¿por qué no intentaban también algo parecido contra Dávalos?

Podían ocurrir dos cosas. O bien Dávalos estaba en combinación con los piratas — pues ya no me cabía la menor duda de que podían

ser considerados como tales — o bien les interesaba respetarle la vida para que condujera la «Rosina» a través del espacio. La primera hipótesis se me hacía muy cuesta arriba; a pesar de la desordenada vida de mi amigo, siempre le había considerado leal y de confianza. La segunda era más lógica.

Pero si me mataban a mí, tendrían que matar también a otros que no se unirían a su grupo. Olga, Solange, Marignan, Julio... Cuatro, cinco conmigo, contra una tripulación de diez hombres dispuestos, según parecía, a todo. Faltaban Bourval, quien seguramente se uniría a nosotros, caso de motín, y Dávalos. ¿De qué lado se inclinaría éste? Su actitud vacilante y llena de reticencias me hacía dudar, pese a todo.

Para salir de dudas, toqué el timbre. Una voz preguntó por el interfono lo que quería. Dije que viniera Lavesant.

Éste se presentó al cabo de diez minutos largos, haciéndose de rogar. Entró en la cámara con su eterna sonrisa insolente y se sentó frente a mí sin que yo se lo pidiera.

—Señor Lavesant — dije —, estoy enterado de que ha tramado usted un plan para asesinarme.

—Y después le picaremos en menudos trocitos que luego arrojaremos por el expulsor de desperdicios. ¿No se le ocurre otra barbaridad mayor, señor Duvrac?

Comprendí que el tipo pretendía burlarse de mí. No obstante, procuré mantener la calma, conteniendo a duras penas las ganas que tenía de saltar sobre él y machacarle las narices a puñetazos.

—No estoy de humor para bromas — respondí —. Hace dos días, usted se lamentaba, delante de otro, que había fallado el golpe. Añadió que tenían que volver a repetirlo sin error posible. ¿Va usted a desmentir estas palabras que acabo de pronunciar?

Se encogió de hombros.

—Si le dijera que no es cierto, usted no me creería. Bueno, me da igual; piense como quiera, señor Duvrac. ¿Qué va a hacer conmigo?

—Jamás pensé en la posibilidad de que alguien quisiera asesinarme un día. De lo contrario, ya habría hecho instalar en la nave un calabozo para tipos como usted. ¿Es así como pretende encontrar las causas de la muerte de su padre, señor Lavesant?

—Repito que está equivocado, señor Duvrac.

—Su cinismo es notable — dije —. Nunca me he encontrado un tipo más repugnante y embustero que usted, señor Lavesant. Vaya y enciérrese en su cámara, de la cual no deberá salir bajo ningún concepto y sin mi permiso. Si le veo fuera de ella, haré que le amarren

a la litera y permanecerá así hasta nuestra llegada a la Tierra.

Los ojos del joven chispearon de cólera.

—Usted no puede hacerme eso — dijo.

—El dueño de la nave soy yo y ahora no tiene usted forma de detenerme, Lavesant. Toleré su presencia a bordo, porque no me quedaba otro remedio en aquellos momentos. Las cosas han cambiado radicalmente. Haga lo que le he dicho o le pesará.

Se puso en pie, con los puños crispados.

—Haré que lamente esto que me hace, capitán —- dijo airadamente.

Me puse en pie y pasé al otro lado, sosteniendo su mirada con firmeza. Luego, inesperadamente, disparé mi mano izquierda, agarrándole por el cuello.

—O se va ahora mismo a su cámara o hago que lo lleven... ¡a pedazos!

El temor apareció por primera vez en sus ojos. Era joven y fuerte y tenía — cronológicamente —, quince años menos que yo, pero sabía que no podía compararse conmigo en lo que a fortaleza física se refería. Milagros de la medicina moderna, por supuesto.

—Es... está bien. Suélteme.

Al quitar la mano de su cuello, tosió y carraspeó para aclararse la garganta. Luego me arrojó una mirada llena de malignidad.

—Volveremos a vernos — dijo.

—-Desgraciadamente. La nave es demasiado pequeña para que no suceda lo que acaba de decir. Váyase.

Al quedarme solo, pensé si no habría cometido una imprudencia, haciéndole saber que estaba enterado de sus propósitos. Era ya tarde, sin embargo, para rectificar. Pero al menos le había hecho ver que era un tipo duro, a quien no le arredraban en absoluto unas supuestas amenazas de muerte.

Dos días más tarde, llamé a Dávalos.

— ¿Qué deseas, Gastón?

Noté su acento reticente y, sobre todo, resentido. Pero no hice caso. Me había embarcado en una aventura y debía llegar al final, fuera como fuera.

—Quiero que me des un informe sobre el estado de la tripulación — manifesté.

— ¿Por qué lo preguntas?

—Llevamos recorrida ya una cuarta parte de nuestro camino. Todavía queda mes y medio para que lleguemos a nuestro destino.

Deseo estar informado en todo momento de los propósitos e intenciones de todos cuantos viajan a bordo.

— ¿Temes alguna sublevación?

Le miré fijamente durante unos segundos.

—Lo ocurrido el otro día no fue cosa de broma, Alec. La descarga que mató a Wu no estaba destinada a éste, sino a mí.

— ¡Estás loco, Gastón! —resopló mi amigo.

—Puede que lo parezca, pero jamás he razonado tan congruentemente como ahora, Alec. De modo que haz el favor de contestar a lo que te he dicho. Es decir, si quieres, porque, naturalmente, no te voy a poner una pistola en el pecho para obligarte a responder. Creo que nuestras relaciones no se han deteriorado hasta ese extremo.

—Conforme — dijo Alec.

Luego empezó a hablar y yo tomé numerosas notas de cuanto me había dicho.

Al terminar, se puso en pie.

—A pesar de las humillaciones, todavía soy tu amigo, Gastón. Si se tratase de otro, le enviaría al infierno y le diría que buscase él el remolino.

—Conmigo no lo harás, aunque sé que tienes verdaderos deseos. Nada en el mundo te convendría menos que hacerme una sucia jugarreta.

— ¿Piensas que, en último caso, no sabría salir con bien del atolladero, Gastón? — preguntó mi amigo con sarcasmo.

—Pienso en que tu crédito y tu reputación están notablemente averiados y que las consecuencias de una acción ilegal por parte tuya no contribuirían a rehabilitarte precisamente. Y también me acuerdo de que en la Tierra dejé algo escrito dentro de un sobre con la fórmula clásica: «Para abrir en caso de muerte violenta». ¿Comprendes lo que quiero decirte?

El rostro de Alec se demudó.

—Tú no has podido hacer eso, Gastón. Eres mi amigo y...

—Basta ya — dije secamente —. Hemos terminado. Dispénsame; tengo trabajo.

— ¡Un momento!

Levanté la vista de nuevo. Alec no se había ido todavía.

— ¿Sí? -—dije cortésmente.

—Te has olvidado de una cosa, Alec.

-—Bien, tú dirás.

—El único que sabe dónde está el remolino soy yo. Si me niego a conducirte allí, ¿qué harás entonces?

—Regresaríamos a la Tierra.

—Por supuesto. Nadie excepto yo sabe la situación exacta del remolino.

—Muy bien — dije —. Puedes dar media vuelta cuando quieras. Te abonaré los sueldos convenidos, pero ni un centavo más. Y antes de seis meses, estarás mendigando por las calles. O contando fabulosas hazañas a cambio de una copa de alcohol de patata. ¿Dónde están esos propósitos de hacerte fabulosamente rico, Alec? ¿Piensas que volverías a encontrar otro idiota que te creyese lo mismo que yo te he creído?

Abrió la boca, pero no supo qué contestar. Mis razonamientos habían aplastado la débil resistencia que había tratado de oponerme.

Permaneció inmóvil un momento. Luego, actuando de modo brusco, dio media vuelta y huyó a todo correr.

Cuando me hube quedado solo, arrojé el lápiz sobre la mesa con fuerza. Encendí un cigarrillo y me aproximé a la lucerna, fumando distraídamente.

Estuve así un buen rato. De pronto, sentí pasos muy cerca de mí. Casi en el acto, una cabeza se apoyó en mi hombro.

—Estás muy preocupado, Gastón — dijo Olga.

—Es cierto — respondí.

Y como tenía vivos deseos de desahogarme con alguien, le relaté todo cuanto me acababa de suceder, sin omitir un detalle.

Olga se estremeció cuando supo lo de la conjura para asesinarme, pero, en general, se mantuvo firme. Al concluir, murmuró, empinándose hacia mí:

—No te preocupes — dijo, besándome suavemente en los labios —. Yo estoy aquí, junto a ti, y lo estaré siempre. Te quiero, aunque tú no me quieras, Gastón. Sé valiente y esforzado y verás cómo, a última hora, todo acaba bien.

—Dios te oiga — murmuré fervorosamente, inclinándome para tomarla en mis brazos.

CAPÍTULO VIII



UARENTA días después, estábamos a punto de alcanzar nuestro objetivo.

Diciendo verdad, Alec había conducido magistralmente la nave, sin un solo fallo ni una sola vacilación. La forma de comportarse de la gente no había variado substancialmente y mis relaciones con todos ellos tampoco se habían modificado. Eran unas relaciones frías, corteses, superficiales y no había quien desobedeciera mis órdenes, antes al contrario, se esforzaban en cumplirlas con rapidez y eficiencia.

Sin embargo, debajo de aquella costra de paz latía un espíritu de rebeldía, que no podía dejar de ser advertido por nadie que tuviera un mínimo espíritu de observación. Cualquiera podía darse cuenta de que el volcán estallaría en cualquier momento y la pregunta que yo me formulaba de continuo era: ¿hasta dónde alcanzarían los efectos de la explosión?

Lavesant siguió encerrado en su cámara. Deliberadamente no quise levantarle el arresto y dejé que continuara en la misma situación durante el resto del viaje. Pero yo sabía que en el momento oportuno, el joven seria uno de los primeros en lanzarse contra mí y no desaprovecharía la ocasión, por poco propicia que se le presentase.

Hacía días ya que íbamos reduciendo la velocidad, pues era preciso equiparar la nuestra a la del remolino. Éste debía ser alcanzado, según los cálculos del capitán Dávalos, cuarenta y ocho horas más tarde. Entonces podría comprobar la veracidad de sus afirmaciones.

En los últimos días, yo me había sentido un poco nervioso.

Estábamos ya al final de nuestro viaje y presentía que a no tardar mucho podría averiguar y desentrañar de una vez el misterio de la supuesta desaparición de la astronave «Pulchra», dada como destruida en pleno espacio y, según mi amigo, presa en el remolino con otras trescientas cincuenta o cuatrocientas naves.

Olga se había dado cuenta de lo que me pasaba y había procurado tranquilizarme, sin conseguirlo del todo. De todas formas, gracias a ella me conservaba relativamente en buen estado psíquico; de lo contrario, creo que no hubiera podido resistirlo.

Alec me llamó repentinamente.

—Gastón, ¿quieres venir un momento a la cámara de mando?

—Al momento — respondí.

Olga estaba en aquellos instantes a mi lado. Caminamos juntos hasta el lugar indicado, en el cual, además de Alec, se hallaban el segundo Ferguson, Marignan y Solange, ésta cubriendo su turno ante las pantallas de radar.

En seguida noté la excitación que se había apoderada de mi amigo. Alec me agarró del brazo y me llevó ante la mayor de dichas pantallas.

—Mira — dijo, nerviosamente —, ¿no ves lo que hay ahí?

Permanecí unos momentos en silencio. Hasta el más lego en la materia habría sabido identificar la gran mancha amarillo brillante que titilaba suavemente en el centro del círculo de vidrio y que de ninguna forma podía confundirse con la huella que deja en la misma una sola astronave.

— ¿No es posible utilizar el telescopio de larga? —dije.

— ¡Claro! — exclamó triunfalmente mi amigo —. ¡Ahora verás!

El telescopio de larga distancia estaba conectado a una pantalla de televisión. Ferguson lo puso en funcionamiento y pronto pudimos ver en la misma una serie de chispitas brillantes, muy agrupadas, tanto, que parecían ser casi una sola, de gran tamaño. Las chispas formaban aproximadamente una especie de corona circular, bastante achatada, que permanecía inmóvil en el espacio. La distancia era aún excesiva para advertir más detalles, pero, sin embargo, era fácil adivinar que aquello que estábamos viendo no pertenecía a ningún astro o cuerpo celeste, sino que era algo salido de la mano del hombre.

Alec se frotó las manos con visible complacencia.

— ¡Bueno! —-exclamó—. Al fin lo hemos logrado.

—Muy bien — dije —. Ahora, hablemos seriamente. Ferguson, Marignan, señorita D'Arnori, déjennos solos.

Los tres nombrados obedecieron sin rechistar, tal era el prestigio que había ganado en aquel tiempo. Alec me miró, muy sorprendido.

— ¿Qué es lo que pretendes hacer, Gastón? — dijo, inquieto.

—Sólo una cosa, Alec. Olvidemos rencillas y volvamos a ser lo que éramos, es decir, si no tienes inconveniente.

— ¡Por los clavos de Cristo! ¡Claro que no, Gastón! — exclamó mi amigo, grandemente satisfecho —. Pero si eso es lo que siempre he deseado, Gastón.

—Perfectamente. Entonces, actuemos como si nada hubiera pasado. Verás que, deliberadamente, he dejado que Olga permaneciese con nosotros. Ya sabes que el acuerdo es de que ella debe percibir el diez por ciento de todos nuestros beneficios; por eso he querido que se quedase aquí.

—Muy bien, me parece estupendo. ¿Qué más quieres, Gastón?

Dije:

— Que no salgas perjudicado en tu parte de beneficios, Alec. El diez por ciento de Olga correrá a cargo mío, es decir, que ella lo percibirá de la parte que me corresponda.

— ¡Gastón! — exclamó la joven, asiéndome el brazo.

Palmeé suavemente su mano.

—Querida, todavía soy el amo aquí — dije —. Harás lo que yo ordene o te quedarás sin nada. Tiempo te quedará de mandar cuando nos hayamos casado.

Los ojos de Olga se llenaron de lágrimas.

—Gastón, ¿es cierto lo que acabas de decir?

Pasé la mano por su talle y la atraje hacia mí. Ella se me apretó, ronroneando como una gata satisfecha.

—Lo he dicho delante de un testigo, conque puedes demandarme si llegara a incumplir esa promesa. Pero no ocurriré así, te lo aseguro. Y ahora que tú has recibido lo tuyo, Olga, hablemos de cosas más serias.

Dávalos rio nerviosamente.

— ¡Diablos, Gastón! ¿Es que hay algo más serio que proponer matrimonio a una mujer?

—En estos momentos, sí, Alec. Quizá no te hayas dado cuenta de ello, pero estamos sobre un volcán a punto de hacer erupción. Inmediatamente, te vas a dedicar a registrar minuciosamente todas las cámaras y equipajes de la tripulación, requisando en el acto cuantas armas puedan tener escondidas. No he querido hacer esto antes de tiempo, por no provocar una rebelión. Sin embargo, y puesto que ya

tenemos el remolino a la vista, sería una tontería dejamos coger desprevenidos. No me importará — y así pienso hacerlo — concederles una substanciosa parte de los beneficios como gratificación; lo que no quiero es que me degüellen mientras estoy durmiendo, ¿comprendes?

Alec asintió con breve parpadeo.

—Cometí un error no investigando, mejor los antecedentes de la tripulación. Pero quizás estemos todavía a tiempo de reparar el daño. Déjame actuar a mí; te aseguro que quedarás bien satisfecho.

Y salió, dejándonos solos.

La joven me miró enternecida.

—Gastón, querido — murmuró, echándome los brazos al cuello.

— ¿Ya te das cuenta de que te vas a casar con un hombre dieciséis años mayor que tú? — dije, medio en broma, medio en serio.

— ¿Qué importa eso? — murmuró, pegando su mejilla junto a la mía —. Sólo sé que te quiero, lo demás no interesa.

—-Serás una madrastra encantadora, Olga — dije,

— ¿Madrastra?

—Claro. ¿No dices que Solange es mi hija?

—Es cierto — murmuró.

La entrada, de Ferguson y Marignan nos interrumpió el amoroso coloquio. Allí no teníamos nada que hacer, conque nos marchamos de la cámara de mando, retirándonos al comedor, en donde Julio nos sirvió unas tazas de café. Era la única bebida que teníamos a bordo para celebrar nuestro compromiso. Teníamos alguna botella de licor, es cierto; pero lo guardábamos para casos de apuro, como medicina.

Al llegar la noche o sea el período de descanso, Alec me hizo acudir a su cámara. Allí, sobre la mesa, contemplé la más asombrosa colección de armas que jamás me había sido dado presenciar en los días de mi vida.

Había dos pistolas, tres revólveres, una pistola de balas eléctricas, otra desintegrante, cosa peligrosísima, pues en aquellos tiempos no eran aún muy seguras y lo mismo podían atomizar el objetivo que a su propietario, seis navajas de resorte, un cuchillo de monte, tres nudillos de hierro y una matraca de plomo. Todo un arsenal.

Lancé un silbido al ver aquella colección de armas.

Luego dije:

—Tíralas al espacio, inmediatamente. Alec.

— ¿Por qué? Podemos necesitar algunas para nuestra defensa.

Acepté como buena la objeción de mi amigo.

—Está bien — dije —. Quédate con un par de revólveres. Pero el resto lánzalo fuera.

—De acuerdo — contestó. Luego añadió—: Convendrás conmigo en que he hecho una buena labor.

—Por supuesto. Ahora dormiré un poco más tranquilo. Gracias, Alec.

Y salí.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, nos hallábamos al lado del remolino.

La «Rosina» había equiparado por completo su velocidad a la del remolino, de tal modo que parecía que estábamos inmóviles en el espacio, cuando en realidad nos estábamos moviendo a una velocidad de varias decenas de kilómetros por segundo. Desde una de las lucernas de la nave, contemplamos con ojos absortos el increíble espectáculo que se nos ofrecía a la vista.

Las naves estaban agrupadas, como ya he dicho antes, en una especie de corona circular, que mediría unos veinticinco kilómetros de diámetro, por unos cinco o seis de grueso, quedando en su centro un espacio vacío de unos diez kilómetros de ancho. Había naves de todas las edades y todas las formas: cohetes con alas sustentadoras, esferas con largas protuberancias a cuyo final se hallaban los propulsores, cilindros interminables, cubos con patas... Todos los medios de locomoción viables en el espacio estaban representados allí y tan sólo el metal de que estaban construidos aquellos casi cuatro centenares de naves que se suponía perdidas valía una fortuna incalculable.

Durante doscientos años, las naves se habían perdido. Muchas, como ya he dicho al principio de esta historia, habían estallado, desapareciendo rápida y limpiamente en el espacio. Otras habían tenido que ser abandonadas por la tripulación por alguna avería irreparable y no faltaban las que habían sido objeto de un asalto criminal a mitad de su camino. Todas, absolutamente todas, estaban allí.

Todavía no se han puesto de acuerdo los científicos para explicar razonablemente el misterio de aquel remolino. Unos sostienen que es un polo magnético del espacio; otros dicen que es una concurrencia de corrientes electrónicas, debido a una circunstancia desconocida para nosotros; hay quien manifiesta que se debe solamente a la casualidad y no falta quien arguye que hay allí una especie de hueco o vacío, invisible para nuestros ojos y con los medios actuales y por el

cual puede pasarse, el día en que se descubra el medio de hacerlo, al subespacio o espacio que está situado en un universo de dimensiones distintas a las que conocemos y de las cuales no tenemos ni la más remota idea.

Sea como sea, en el transcurso de dos siglos, toda nave perdida en el espacio y sin gobierno ha sido atraída hacia aquel punto situado a cuatro mil millones de kilómetros de la Tierra y en dirección al polo de la esfera celeste. Lenta, inexorablemente, lo mismo que le ocurrió a Dávalos mientras permaneció durante tres años sometido a la acción del «Hibernovital», las naves al garete han sufrido la misteriosa acción de las fuerzas que actúan desde el remolino y, atraídas por éste, han ido «ascendiendo» lentamente en el cielo, describiendo, en ocasiones, enormes órbitas, hasta llegar allí, al cabo de largos años de viaje ignorado y silencioso. Es una especie de Maëlstrom de los cielos, un Mar de los Sargazos del espacio, cuya explicación científica no se ha logrado satisfactoriamente hasta el momento.

Pero las naves estaban allí, solas y desamparadas, patéticamente silenciosas en el vacío, esperando quizá alguna catástrofe que las hiciera desaparecer para siempre o bien unas manos de ser inteligente que volvieran a poner en funcionamiento sus propulsores. Quizá necesitáramos hacerlo nosotros, presentí en aquellos momentos.

Durante largo rato, permanecimos en silencio, contemplando el inédito espectáculo que teníamos ante nosotros. Era realmente impresionante contemplar aquella serie de naves apiñadas en tan corto espacio, brillando deslumbradoramente al devolver los rayos del Sol, que se encontraba a cuatro mil millones de kilómetros «más abajo».

Muy a pesar mío, hube de arrancarme al encanto que suponía el estar presenciando el espectáculo. Me volví hacia Alec y le dije:

—Convendría que hicieras disponer un bote pequeño, de los descubiertos.

—Muy bien — contestó mi amigo—. Ahora mismo.

Y se marchó.

Olga me miró suplicantemente.

—-Me gustaría ir contigo, Gastón — dijo.

— ¿Ya sabes cómo desenvolverte en el interior de un traje espacial?

—Sí. Solange me ha estado enseñando su funcionamiento estos días. No tiene gran dificultad, por otra parte. Además...

La joven se interrumpió repentinamente.

—Sigue—dije—. ¿Por qué te callas?

Me miró fijamente durante unos segundos.

Vi que respiraba afanosamente. La tomé por los brazos.

—Habla, Olga. Hazlo con entera franqueza, — Yo también quiero saber qué fue de tu esposa. Creo... que tengo algún derecho a ello, Gastón. Mi felicidad está en juego y no quiero que nada la turbe en lo sucesivo. Oh, no es que pretenda que la olvides tan por completo como si nunca hubiese existido. Además, está Solange y si verdaderamente resulta ser tu hija, no podrías dejar de recordar a su madre. Pero creo que nuestra vida en común, cuando nos hayamos casado, se deslizará mucho mejor si el misterio de su muerte se ha aclarado de modo completamente satisfactorio para todos.

Me incliné hacia Olga y la besé en los labios.

—No podías haber hablado de forma que más me agradara, querida. — La tomé de la mano —Ven conmigo, vamos a ponernos los trajes de vacío.

Media hora más tarde, los tres estábamos dispuestos a salir de la esclusa. Ferguson manejó el mando de expulsión de aire y cuando se hubo hecho el vacío en el mismo, abrió la compuerta exterior.

El bote estaba ya esperándonos. En realidad, era una especie de cilindro propulsor, sobre el cual se viajaba a horcajadas, como si fuésemos montados a caballo. Tenía unos asideros para las manos y era impulsado por un chorro principal, auxiliado por cuatro menores que servían para la dirección en todos los sentidos. Su autonomía era limitada, aunque suficiente para el fin a que lo destinábamos.

Alec se encargó de pilotar el bote. Olga se sentó tras él y yo cerraba la marcha. Apenas estuvimos acomodados, Alec puso en funcionamiento los chorros y el pequeño vehículo empezó a separarse de la nave.

La «Rosina» orbitaba en torno al remolino a unos cinco mil metros de distancia de éste. Recorrimos el espacio que nos separaba de la primera nave en pocos minutos y una vez llegados a ella, Alec lanzó un arpeo electromagnético que sujetó firmemente el bote al costado de la astronave.

La escotilla de acceso a la misma estaba abierta de par en par. Penetramos en el interior, alumbrándonos con las antorchas eléctricas fijas en la parte superior de nuestro casco. El espectáculo que se ofreció entonces a nuestra vista nos dejó mudos de horror.

Había allí, flotando en aquel ambiente sin gravedad, una docena de cuerpos humanos, congelados Dios sabía el tiempo que hacía, con los ojos saltados de sus cuencas y las facciones deformados por la última mueca de horror debido a la violentísima descompresión a que

habían sido sometidos al escaparse, según parecía, el aire del interior del casco.

Alec buscó con la vista algo que no tardó mucho en encontrar: un interruptor de corriente. Lo movió y mi chorro de luz inundó al instante la cámara.

—Buena central de energía — elogió mi amigo —. Al cabo de los años, aún continuaba en funcionamiento.

Los cadáveres flotaban en torno a nosotros, moviéndose perezosamente cuando rozábamos alguno de ellos. Pasamos a la cámara del capitán, en donde encontramos la documentación. La nave se llamaba «Brunhilde» y estaba matriculada en Hamburgo. Su armador se pondría muy contento al enterarse de que habla aparecido.

En la caja fuerte de la nave, en aquella misma cámara, encontramos un grueso fajo de billetes, unos doscientos mil «garants» en total, suma que mi amigo se apropió sin escrúpulos de ninguna clase. «Luego echaremos cuentas», dijo con negligente gesto, a lo que yo no tuve nada que objetar.

Sin embargo, nuestro primer examen no dio ningún resultado. La «Brunhilde» era una nave de carga que regresaba, cosa rara, de vacío, y ni siquiera llevaba mercancías que pudieran aprovecharnos algo. Tenía, eso sí, la despensa llena de víveres en perfecto estado de conservación, pero esto sólo resolvía nuestro problema alimenticio en caso de apuro.

Una hora más tarde, ya habíamos visto todo cuanto necesitábamos en aquella nave. Entonces sugerí la conveniencia de localizar la «Pulchra». A fin de cuentas, para mí era el principal objetivo del viaje.

—Muy bien — declaró Dávalos —. Vamos para allá.

Salimos fuera y montamos en el bote. Yo conocía muy bien la «Pulchra», pues no en vano había navegado en una astronave gemela de la misma. Sin embargo, comprendí que resultaba difícil localizarla en aquel maremágnum de astronaves girando lentamente en el cielo.

En el momento en que nos disponíamos a partir, Olga se volvió y me señaló un punto luminoso en el cielo.

— ¡Mira, Gastón!

Volví la cabeza al punto indicado. Alec soltó una gruesa interjección.

La chispa luminosa era de color, anaranjado y se movía rápidamente en el espacio. Pronto comprendí lo que sucedía.

— ¡Esos canallas!—barbotó Dávalos, resumiendo la situación —. ¡Han robado uno de los botes y se disponen ahora a saquear las naves!

CAPÍTULO IX



ETUVE a Alec en el momento en que se disponía a poner en marcha el cohete.

—Quieto — dije —Espera a ver dónde van. Usemos la radio corta.

La radio corta de los trajes de vacío alcanza apenas a una distancia de cien metros. Era preciso actuar así o, de lo contrario, los forajidos se enterarían de nuestros planes y, estoy seguro, ellos también la utilizaban para no ser oídos por nosotros.

—Bueno — rezongó mi amigo —, esto era de esperar.

— ¿Qué piensan hacer ahora? — preguntó Olga.

Sus palabras me sumieron en una honda confusión. ¿Impedirles el saqueo de las naves cuando, precisamente estábamos allí por lo mismo?

Alec resolvió sin tardanza.

—Esos bastardos —- gruñó —. Esperemos a ver dónde van. Luego usaré con ellos cierta pistolita que llevo encima... si se resisten a cumplir mis órdenes.

—Mejor que eso — sugerí —, sería buscar la «Pulchra», ¿no crees? Hay demasiadas naves aquí para que puedan registrarlas todas en un día ni aún en un mes. Y a mí me interesa resolver, antes que nada, el misterio de la muerte de mi mujer.

—Tienes razón —- contestó Alec —Dejemos que se harten a su gusto. Tiempo sobrará para aguarles la fiesta.

Esperamos allí, contemplando el desplazamiento del cohete, que pasó a unos quinientos metros de distancia, metiéndose luego entre las naves. Cuando hubo desaparecido de nuestra vista, Alec puso en marcha el motor de nuestro bote, haciéndolo zambullirse hacia abajo.

—No estoy muy seguro de dónde puede hallarse tu nave, Gastón — dijo —. Quizá hayamos de realizar una o dos intentonas antes de conseguirlo.

—Yo conozco su estructura exterior perfectamente

— dije —. Era gemela de la mía. Claro que aquí hay tantas, que resulta lógico extraviarse.

Descendimos durante unos tres mil metros, al cabo de cuyo espacio Alec estabilizó el cohete, haciéndolo dirigirse luego hacia la masa de astronaves que flotaban inmóviles en el espacio. Algunas estaban tan juntas que literalmente se tocaban sus cascos. Otras estaban más separadas y permitían el pasó entre ellas. Resultaba impresionante deslizarse lentamente, en continuo zigzag tanto lateral como vertical, en medio de aquel enorme conglomerado de vehículos espaciales, algunos de los cuales eran colosos de gigantescas dimensiones que alcanzaban hasta los quinientos metros de longitud.

Alec condujo el bote con mano firme y segura. En una e dos ocasiones sentí que el corazón me latía con inusitada violencia, creyendo haber descubierto la «Pulchra», pero no eran sino ilusiones mías basadas en la similitud de conformación.

Transcurrió una hora larga. El camino era sinuoso y retorcido y en más de una ocasión nos fue preciso retroceder y buscar un paso entre aquel fantástico amasijo de naves. Al fin, y cuando ya

empezábamos a ponemos nerviosos, surgimos al interior del remolino.

Apenas lo habíamos hecho, Alec dio media vuelta, zambulléndose de nuevo en el interior, buscando la protección que podía proporcionarle el hueco existente entre dos colosos de la astronáutica.

— ¿Qué sucede? —preguntó Olga, curiosa.

—No grite, por si acaso. Están muy cerca de aquí

— contestó Alec.

Maniobrando hábilmente con los mandos, llevó el bote hasta el extremo, asomando apenas el morro del mismo. Sin poder contenerme, me puse en pie y saqué mi pistola de chorro, que me proyectó a unos metros por encima y delante del vehículo:

A unos doscientos metros de distancia pude distinguir uno de los botes salvavidas, ocupado por cinco o seis individuos, cuyas facciones, lógicamente, resultaban indistinguibles desde aquella distancia. Era evidente que también andaban buscando algo, aunque no podía precisar en aquellos momentos cuál era su objetivo.

El cohete evolucionó durante unos minutos, yendo y viniendo a lo largo de la barrera de naves, y también ascendiendo o descendiendo en ocasiones. Finalmente, su popa escupió unos cuantos fogonazos y volvió a sumergirse entre las naves.

Esperamos allí unos minutos hasta convencemos de que no volvían. Regresé a mi puesto en el bote y Alec lo puso nuevamente en marcha.

Navegamos muy pegados a las naves, examinando detenidamente las que se presentaban a nuestra vista. Así transcurrió otra hora, al cabo de cuyo espacio de tiempo empecé a sentir cierto cansancio.

Súbitamente, Alec lanzó una exclamación. Coincidió casi exactamente con otra mía. Ambos habíamos descubierto a la vez la nave que tanto andábamos buscando.

—Ahí está — exclamé, sintiendo que el corazón me latía dolorosamente.

Dávalos manejó el cohete con suma habilidad, hasta abarloarlo al costado de la astronave, junto a la escotilla de acceso. Sin embargo, antes de penetrar, capté un detalle con la vista.

—Aguardad un momento — dije, sacando la pistola propulsora.

Solté un par de descargas y me elevé en el espacio. Usé la pistola de modo conveniente hasta encontrarme en la parte superior del casco hacia la proa. Allí pude examinar a mi sabor aquello que me había llamado la atención.

Era un orificio de unos doce o quince centímetros de diámetro, de

irregular conformación, pero de bordes limpios.

Apoyé las plantas magnéticas en el casco y me acuclillé, mirando a través del orificio. El chorro de luz de la linterna de mi casco iluminó perceptiblemente la cámara de mandos de la nave, permitiéndome ver unas siluetas retorcidas en trágicas posturas.

Permanecí así unos momentos, en completo silencio, respirando afanosamente. Ahora ya sabía las causas de la catástrofe que había provocado la destrucción de la «Pulchra». Pero un pensamiento asaltó instantáneamente mi cerebro. ¿Por qué Dávalos había dicho que la nave estaba absolutamente desierta, excepto el cadáver de Eva, mi esposa?

Al cabo de unos momentos de meditar intensamente, sin hallar por ello la solución, regresó junto a Olga y Alec.

— ¿Qué has visto? —preguntó la joven.

—Un meteorito perforó el casco — contesté —. La cámara de mandos resultó alcanzada directamente y debieron morir todos los que había allí en el acto.

—Pero, y los demás, ¿cómo se salvaron, Gastón?

—Supongo que tendrían tiempo de salvarse en los botes. Cuando hay un escape en la atmósfera de una astronave, los sistemas de alarma funcionan automáticamente, cerrando los mamparos estancos. La «Pulchra» debió de perder bastante aire en los primeros momentos, pero su tripulación y los pasajeros tuvieron tiempo sobrado de escapar.

—Posiblemente resultó también averiado el sistema de renovación de la atmósfera —- sugirió Alec —. Bien, ¿vamos dentro?

Olga me cogió por el brazo, mirándome durante unos segundos con fijeza, como si quisiera infundirme ánimos. Sonreí, haciendo un esfuerzo y luego crucé el umbral.

La «Pulchra» había sido una nave destinada, principalmente, al transporte de pasajeros. No resultaba extraño, pues, su tamaño que rebasaba ampliamente los trescientos metros de longitud, de los cuales casi la mitad eran destinados a reservorios de carburante y motores, por unos cuarenta de diámetro. Parecía en su interior un barco de mediados del siglo XX y el espectáculo de sus puentes y cubiertas resultaba impresionante, más aún si se tiene en cuenta la fría soledad y el vacío que remaban en aquel ambiente.

También la central de fuerza funcionaba perfectamente. Alec manejó el interruptor general y todas las luces se encendieron simultáneamente.

—Todo está igual — murmuró —Nada ha variado desde entonces.

Cruzamos el amplio vestíbulo y ascendimos por una escalera de caracol que nos llevó a la tercera cubierta. Alec iba en cabeza, precediéndonos con paso seguro.

La tercera cubierta estaba destinada solamente a camarotes de alojamiento de pasajeros. A medida que avanzábamos, sentía que mis nervios se ponían tirantes como cuerdas de violín.

Alec abrió las puertas de uno o dos camarotes antes de dar con el que buscábamos. Cuando lo encontró, no quiso entrar.

Se volvió y me miró un instante.

—Pasa tú, Gastón — dijo.

Volví la cabeza, mirando, a mi vez, a Olga. La joven comprendió y me empujó suavemente hacia adelante.

—Tú solo, Gastón —- murmuró.

Asentí con un pesado movimiento de mi cabeza. Luego, haciendo una profunda inspiración, avancé el pie derecho.

Entré en el camarote. Era de dos literas, una de las cuales, la inferior, estaba ocupada por el bulto de una persona. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y parecía dormir apaciblemente.

Caminé hasta situarme a la cabecera del lecho. Luego me arrodillé, contemplando el hermoso rostro de la que un día fuera mi esposa.

Tendí la mano instintivamente, como si fuera a acariciar su rostro. Pero me contuve en el acto, sabiendo que podía destrozarlo con toda facilidad, ya que la carne, al haberse helado, se había vuelto frágil y quebradiza como el vidrio. Hube, pues, de conformarme con mirarla durante largo rato, en silencio, reverentemente, en muda adoración, en tanto recordaba los días de felicidad mutua que habían llenado nuestra vida veinte años atrás.

Permanecí así largo rato. Al fin, me dije que era preciso hacer algo. Aún no sabía qué destino había de darle al cadáver de mi esposa, aunque me había formado la nebulosa idea de llevarla a la Tierra y darle sepultura allí. Me incorporé y, en el momento en que lo hacía, reparé en algo en lo que hasta entonces no había advertido.

Era un papel plegado en varios dobleces y sujeto por sus manos cruzadas sobre el seno. Apenas se veía de no fijarse uno muy bien y todavía no comprendo cómo no se me pasó por alto.

Con infinitas precauciones, agarré la punta que sobresalía y tiré muy despacio del mismo, hasta tenerlo en mi poder. Entonces lo desdoblé, viendo que había algo escrito en él.

Era letra de mi esposa, inconfundiblemente, y en el papel, además de lo sucedido en la nave, estaba el relato de sus últimos momentos.

Al terminar, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Necesité un buen cuarto de hora para serenarme. Cuando lo hube conseguido, volví a leer el documento.

«...Estoy sola — decía en las líneas finales—. Sola con la niña, cuyo incierto porvenir me llena de angustia... Todos se han ido, pasajeros y tripulación, asaltando los botes salvajemente, sin piedad para nadie, buscando únicamente la salvación propia... El capitán Lavesant fue el primero en huir cuando se supo que el sistema de purificación de la atmósfera estaba, irremisiblemente averiado. Nos abandonó cobardemente a todos y...

»...He podido sobrevivir más días, quizá porque. Solange y yo somos las únicas en consumir oxígeno y, por lo tanto, el gasto es muchísimo menor. Tenemos para las dos el correspondiente a quinientas personas y aunque no se renueve más...

»...ha sucedido algo horrible... una fuga de aire... no sé cómo ha podido pasar, pero el caso es que el oxígeno escasea por momentos... ya empieza a notarse su falta. La niña llora, ¿qué haré yo aquí, Dios mío, sola y desamparada?

«...espero que Solange se salve. He podido hallar un pequeño bote salvavidas, olvidado sin duda en la confusión de la huida y he metido en él a la niña. Era un bote monoplaza, tan pequeño, que no cabíamos las dos. Tiene oxígeno para unos días...

»Ya está hecho. Acabo de lanzar a Solange al espacio. Quizá la encuentren a ella y lleguen a tiempo para salvarla. Dios lo quiera. En cuanto a mí, cada vez me encuentro más débil y deprimida... Siento que mis últimos momentos se acercan rápidamente... Antes, sin embargo, quiero dejar constancia escrita de lo sucedido. Quizá un día encuentren la nave y deseo que mi esposo sepa lo ocurrido y que he muerto con su nombre en mis labios...

...ya casi no puedo respirar. Voy a concluir. Cuando el aire se haya escapado totalmente, el vacío se hará en el interior de la nave. Pero yo ya no viviré... ¡Cuánto daría porque estas líneas llegaran un día a manos de mi esposo! ¡Adiós, Gastón, amor mío! No he amado a otro hombre que a ti...».

* * *

Sentí una presencia extraña a mi lado. Me volví. Era Olga.

A través del cristal de su casco pude ver la emoción que la embargaba. Caminó hacia la cabecera del lecho y se arrodilló, juntando las manos durante unos momentos.

Vino hacia mí al cabo de unos momentos.

—Era muy hermosa, Gastón, y comprendo que la amaras tanto.

—Ahora ya no vive — dije —. Pero podía estar viva.

— ¿Cómo dices?

La sorpresa de Olga era innegable.

—Ya lo sabrás — contesté lacónicamente.

Doblé otra vez el papel y lo guardé. Realicé esas operaciones con infinito cuidado, pues era preciso tener en cuenta que con el frío del espacio se había vuelto sumamente quebradizo y quería conservar aquella prueba acusatoria contra el hombre que tan cobardemente había abandonado su nave, con pasajeros y tripulación.

Había algo que me preocupaba. Todos los ocupantes de la «Pulchra» habían sido dados por muertos. Pero las líneas escritas por mi esposa decían claramente que habían conseguido escapar en los botes salvavidas. ¿Cómo era que no se había encontrado ninguno de ellos? ¿Era posible que hubieran muerto las quinientas personas que viajaban en la astronave?

Salimos fuera y cerré la puerta con infinito cuidado. Más tarde nos ocuparíamos del definitivo destino que había que dar al cadáver de Eva. Ahora teníamos otras cosas que hacer.

— ¿Has terminado, Gastón? — dijo Dávalos.

—Sí, gracias. ¿Qué te parece que hagamos ahora?

—Echemos un vistazo a la nave. Creo que es lo más acertado.

—Muy bien —- accedí. Y seguimos nuestro camino.

De allí nos encaminamos directamente a la cámara de mando, cuya puerta abrimos. El espectáculo que presenciamos allí era indescriptible.

El impacto del meteorito había destrozado totalmente la cámara. Cuando un cuerpo celeste choca contra el casco de una espacionave a la velocidad de cincuenta mil kilómetros a la hora, los destrozos que suele ocasionar son horripilantes.

Los cuerpos de los tripulantes de guardia estaban completamente deshechos y sus fragmentos esparcidos en una informe y repugnante mezcolanza de miembros humanos convertidos en trozos de hielo. Los aparatos de control y también algunas de las lucernas habían saltado hechos pedazos. No era extraño, pues, que hubiera resultado preciso el abandono de la nave.

Permanecimos allí unos momentos, examinando todo con la mayor atención, alumbrándonos con las lámparas de nuestros cascos, pues las luces de la cámara habían saltado al irrumpir el meteorito en el interior de la misma. Aquello había causado el mismo efecto que la

explosión de un obús de gran calibre.

Media hora, más tarde, salimos de aquel lugar de pesadilla. Cerré cuidadosamente la puerta y dije:

—Vamos a la cámara del capitán.

—Muy bien — concordó Alec.

Esta vez fui yo en cabeza. Conocía la distribución interna de la «Pulchra» y no me resultó difícil encontrar el lugar deseado. Estaba en perfecto orden, con todos los objetos en su sitio.

Examinamos la documentación de la nave. De pronto, una exclamación brotó involuntariamente de mis labios.

—-¿Qué sucede? — exclamó Olga, leyendo por encima de mi hombro.

Miré hacia Dávalos.

—Me parece que ya tengo la explicación de lo que sucedió en la nave, Alec.

— ¿Estás seguro de lo que dices, Gastón?

Por toda respuesta, le tendí el libro que tenía en las manos. Alec lo tomó y le dio la vuelta con objeto de leer con más comodidad.

—La «Pulchra» transportaba un cargamento de oro propiedad del gobierno, valorado en treinta millones de «garants», más otro tanto en billetes. Un fabuloso botín, como puedes comprender.

Olga se estremeció vivamente.

— ¡Dios mío!— exclamó—-. No... no puede ser. Entonces... resultaría que Lavesant fue un archicriminal que mató a quinientas personas por satisfacer su codicia.

—En el pecado llevó la penitencia, porque debió morir en el espacio — contesté.

—Cierto — dijo Alec, cerrando el libro con seco golpe —. ¿Y el botín, qué fue de él?

Dije:

—Estaría custodiado en la caja fuerte del sobrecargo, ¿no crees?

Un instante permanecimos los tres inmóviles, como clavados en el suelo. Luego, obedeciendo a un impulso unánime, echamos a correr a la vez hacia el sitio indicado.

Llegamos allí en pocos instantes. Penetramos en la cámara, viendo que no había sido tocada para nada. La caía fuerte estaba, empotrada en un mamparo, sin la menor señal de violencia hasta el momento.

—Vamos a ver si podemos abrirla — dijo Alec. Fue hacia el muro y se arrodilló junto a la caja. Nos miró —: No elevéis demasiado la

voz; voy a aumentar el volumen de mis auriculares para percibir mejor los engranajes de la combinación.

Aguardamos expectantemente durante unos minutos. Alec hizo girar lentamente los discos a tino y otro lado, buscando el modo de abrir la caja.

Diez minutos más tarde, Dávalos soltó una fuerte exclamación.

— ¡Ya está!

Dio media vuelta a la manija y abrió la caja. Un grito de admiración se escapó involuntariamente de nuestros labios al contemplar el fabuloso contenido de la caja de caudales.

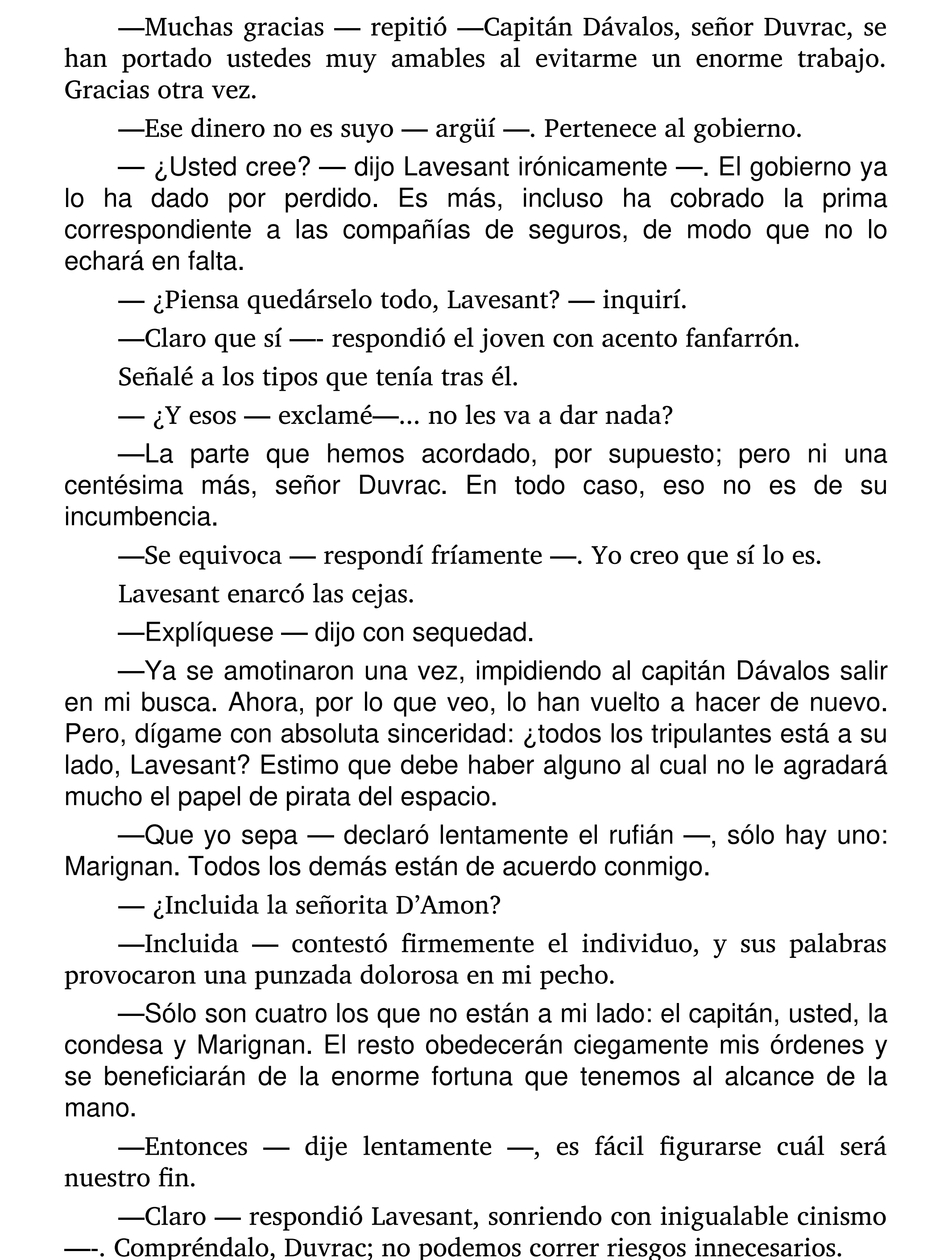
Pero, en aquel momento, alguien soltó una risa llena de sarcasmo.

—Muchas gracias por la incomodidad que me acaban de evitar.

CAPÍTULO X



L hombre que acaba de hablar no venía solo. Era fácil ver a sus espaldas unos cuantos facinerosos más, sin que en aquellos momentos pudiera precisar exactamente su número. Era — por supuesto — Albert Lavesant y sostenía en sus manos una pistola electrocutora.



—Muchas gracias — repitió —Capitán Dávalos, señor Duvrac, se han portado ustedes muy amables al evitarme un enorme trabajo. Gracias otra vez.

—Ese dinero no es suyo — argüí —. Pertenece al gobierno.

— ¿Usted cree? — dijo Lavesant irónicamente —. El gobierno ya lo ha dado por perdido. Es más, incluso ha cobrado la prima correspondiente a las compañías de seguros, de modo que no lo echará en falta.

— ¿Piensa quedárselo todo, Lavesant? — inquirí.

—Claro que sí —- respondió el joven con acento fanfarrón.

Señalé a los tipos que tenía tras él.

— ¿Y esos — exclamé—... no les va a dar nada?

—La parte que hemos acordado, por supuesto; pero ni una centésima más, señor Duvrac. En todo caso, eso no es de su incumbencia.

—Se equivoca — respondí fríamente —. Yo creo que sí lo es.

Lavesant enarcó las cejas.

—Explíquese — dijo con sequedad.

—Ya se amotinaron una vez, impidiendo al capitán Dávalos salir en mi busca. Ahora, por lo que veo, lo han vuelto a hacer de nuevo. Pero, dígame con absoluta sinceridad: ¿todos los tripulantes está a su lado, Lavesant? Estimo que debe haber alguno al cual no le agradará mucho el papel de pirata del espacio.

—Que yo sepa — declaró lentamente el rufián —, sólo hay uno: Marignan. Todos los demás están de acuerdo conmigo.

— ¿Incluida la señorita D'Amon?

—Incluida — contestó firmemente el individuo, y sus palabras provocaron una punzada dolorosa en mi pecho.

—Sólo son cuatro los que no están a mi lado: el capitán, usted, la condesa y Marignan. El resto obedecerán ciegamente mis órdenes y se beneficiarán de la enorme fortuna que tenemos al alcance de la mano.

—Entonces — dije lentamente —, es fácil figurarse cuál será nuestro fin.

—Claro — respondió Lavesant, sonriendo con inigualable cinismo —-. Compréndalo, Duvrac; no podemos correr riesgos innecesarios.

Olga lanzó un gemido y se apretó contra mí. Pasé mi mano por sus hombros. Luego sacudí la cabeza con pesimismo.

—-Tantos millones y su ilícita procedencia no son secreto que pueda ser guardado por doce tipos de todas las castas, Lavesant. Un

día u otro, alguien beberá unas copas de más... o como el finlandés, se gastará su parte en drogas, hablará demasiado y la historia acabará por saberse. Su padre, a fin de cuentas, lo hizo mejor. Lástima que no pudiera aprovechar su crimen para nada.

—Yo seré su heredero — rio el forajido. De pronto endureció el gesto —. Bien, hemos terminado ya. Basta de charla.

Se echó a un lado y dio una orden. Dos de los individuos penetraron en la cámara, sacándonos de allí sin ceremonia alguna. Olga se agarró temerosamente a mi brazo, en tanto que Dávalos no cesaba de vomitar amenazas contra unos y otros, prometiéndoles los tormentos del infierno si un día conseguía atraparlos entre sus manos.

Al salir vi a «Rabanito» entre los sublevados. El hombrecillo empuñaba con decisión una pistola electrocutora, cosa que me defraudó enormemente, sobre todo, después de la conversación que había tenido conmigo. «Rabanito» desvió la vista a un lado, avergonzado sin duda de haber sucumbido al brillo del oro.

—Llévenlos a la «Rosina» — ordenó Lavesant —. Esperen mis órdenes.

—Yo me haré cargo de ellos — declaró «Rabanito» —. Solamente necesito otro que me ayude.

—Muy bien — concordó Lavesant —. El resto que se quede aquí. Vamos a comenzar inmediatamente a empacar el oro.

Lanzando gritos de júbilo, los piratas se precipitaron en la cámara.

Nosotros seguimos adelante, celosamente vigilados por el hombrecillo y su acompañante. Pronto llegamos a la esclusa y entonces empecé a pensar un plan de fuga. Empezaba a sospechar si no acabaríamos siendo asesinados antes de llegar a la espacionave.

No veía escapatoria.

El cohete estaba aguardando junto a la esclusa. «Rabanito» hizo pasar primero a Dávalos, luego a Olga y yo a continuación. Entonces volvió la pistola contra el cuerpo de su compinche y le descerrajó un tiro a quemarropa.

El forajido se contorsionó de modo espantoso durante un segundo. Luego se quedó quieto absolutamente inmóvil, en pie, en el mismo lugar donde le había fulminado la descarga eléctrica.

«Rabanito» nos hizo señas con el dedo de que no habláramos. Empujó al muerto hacia el cohete y acto seguido él saltó al interior de la barquilla.

No habló hasta que estuvimos a suficiente distancia para poder usar la radio corta.

—He tenido que fingir que estaba de lado de ellos para poder ayudarles — manifestó —. Dispensen si les he molestado, pero...

— ¿Molestar? — bramó Dávalos—. Pero... ¡si usted es nuestro salvador, amigo «Rabanito»! Si un día necesita de mí...

—Calla — dijo bruscamente —-. Las palabras de agradecimiento para más tarde. ¿Por qué se ha traído el cadáver de este granuja?

—Quiero que vean el bulto correspondiente — declaró el hombrecillo —. De lo contrario, los bandidos que han quedado en la «Rosina», podrían sospechar y...

Ya tenía en la mano la pistola eléctrica del muerto. Comprobó la carga.

— ¿Cuántos hay allí?

—Tres, más la señorita D'Amon y el señor Marignan, éste bajo vigilancia.

—Muy bien -— dije con gesto ceñudo —. Soltaremos al muchacho.

Llegamos a la nave en pocos minutos. Dávalos saltó primero y yo a continuación, frente a los dos piratas que guardaban la esclusa. Nos despojamos de los trajes de vacío y franqueamos la compuerta interna.

Apenas lo habíamos hecho, sacamos a relucir nuestras pistolas. Los dos individuos cayeron fulminados sin tener tiempo de enterarse de lo que les sucedía.

—Vamos a la cámara de Marignan — dije, echando a correr.

Pero cuando llegamos allí nos encontramos con un espectáculo totalmente inesperado.

Solange y Marignan estaban fuertemente abrazados, besándose con pasión, sin importarles poco ni mucho el hecho de tener el vigilante a sus pies, completamente desmayado.

—Bueno — resoplé —. Que me ahorquen si lo entiendo.

Solange se volvió hacia nosotros, muy encarnada. En cuanto al ingeniero nuclear, aparecía también muy confuso.

—Le conviene mucho apartarse de esa mala pécora, Marignan — dije ceñudamente—. Es una...

— ¿Por qué? -—preguntó—. Ella es la que acaba de inutilizar a mi vigilante. ¿Quiere que no confíe en ella, después de lo sucedido?

Ahora me tocó a mí el turno del asombro.

—Lavesant dijo....

—Tuve que fingir que me unía a ellos; de lo contrario me hubieran encerrado también, señor Duvrac —aclaró la muchacha —. Por cierto que me alegro de que hayan podido venir sin daño alguno. ¿Qué ha

sido de los dos granujas de la esclusa?

—Están muertos — contestó lacónicamente «Rabanito».

Solange se estremeció pero no dijo nada.

—Y ahora —- dije, dando un paso hacia adelante — creo que me toca dar una explicación. O pedirla, según se mire. Solange, ¿este joven que la acompaña es el Damián de la noche del atraco?

Los dos se pusieron muy colorados. Marignan fue el primero en resolverse.

—Señor Duvrac —- dijo —, no me gustaría que nos tomase por lo que no somos. Aquello no fue sino una broma entre amigos. Hicimos una apuesta entre una cuadrilla de jóvenes, para simular atracos ejecutándolos por pareja. Por supuesto, luego devolveríamos lo robado. Ganaría la pareja que obtuviese el mejor botín... pero usted nos demostró ser más astuto que nosotros.

Respiré aliviado.

—No sabe cuánto me alegro de ello —- dije. Miré severamente a Solange —. Me hubiera disgustado muchísimo que mi hija hubiera escogido la mala senda.

— ¡Qué! — exclamó la muchacha atónita. Luego dejó que su rostro adquiriese una expresión de pesar —. Señor Duvrac, lamento mucho haberle engañado. Solange D'Amon no es sino un falso nombre, elegido con el fin de acompañar en el viaje a mi esposo. Compréndalo; era el primer empleo que obtenía y hacía tan poco que nos habíamos casado... Sabíamos lo de su esposa; Jacques lo averiguó casualmente en Registros y Archivos, hablando con un empleado. Entonces decidimos apelar a este subterfugio para que usted no, protestase, creyendo que yo podía ser la hija que usted había perdido. Sé... que puede ser... que es una gran desilusión para usted, pero... no podría engañarle.

Sentí como un fuerte golpe en el pecho. Cerré los ojos un instante. Luego los abrí y traté de sonreír, en el momento en que Solange avanzaba hacia mí.

—Querido señor Duvrac—.dijo—. ¿Podrá perdonarme algún día?

Tomé su mano entre las mías.

Dije:

—No hay nada que perdonar, hijita. Tu misma franqueza te salva. Prefiero que haya sido así, ¿sabes?

Ella se puso de puntillas y me besó en un lado de la cara. Luego volvió al lado de su esposo, feliz y satisfecha.

Olga buscó mi mano. Levantó sus ojos hasta los míos.

—Yo procuraré darte la felicidad que has buscado durante tanto

tiempo, amor mío — musitó.

—Enternecedor — declaró Bourval inesperadamente. Blandió su pistola de modo tan amenazador como incomprensible —. Y ahora, vamos en busca del capitán Lavesant.

Di un enorme respingo sin poderlo evitar.

— ¡Cómo! ¿Qué está diciendo, Bourval?

—Venga conmigo, señor Duvrac — continuó el inenarrable hombrecillo, cada uno de cuyos pasos era una fuente de sorpresas para mí —. Todavía ignora lo más importante. No descuide su pistola, por favor.

Llenos de estupefacción, seguimos a «Rabanito», en fila india, colocadas las mujeres a nuestras espaldas.

Pronto llegamos a la cámara de control, donde estaban instalados los aparatos de transmisiones.

— ¡Dejad todo y venid inmediatamente aquí! — gritaba un hombre inclinado sobre el micrófono.

—Pero... — dijo una voz a través del altoparlante.

—Obedece y no repliques, Albert — gruñó el individuo -—. Ven pronto o todo se nos irá al demonio.

—Creo que ya se ha ido, capitán Lavesant — dijo «Rabanito».

El hombre se volvió. Alec Dávalos nos miró con furia que llameaba de modo infernal en sus ojos.

—Es hora ya de que purgue el horrible crimen que cometió hace veinte años, capitán Lavesant. Mucho ha tenido que esperar para llegar a este sitio, pero yo también he sabido esperar.

— ¡Bourval! ¿Qué diablos está diciendo? —barbotó mi amigo.

Por mi parte, estaba hecho un mar de confusiones. ¿Qué endiablado lío era aquél?

—No trate de disimular, capitán Lavesant. Durante todo este tiempo ha estado tratando de pasar por Alec Dávalos, fingiendo ser amigo del señor Duvrac — siguió «Rabanito» implacablemente —. Una hábil caracterización y la confianza en los estragos que la disipada vida del auténtico Dávalos haya podido causar en su rostro durante estos veinte años, fueron factores más que suficientes para poder engañar al señor Duvrac. Pero no a mí, capitán.

—Eso es una solemne calumnia —- rezongó el criminal—. Gastón, ¿qué haces que no le desmientes?

Pero yo comprendía ahora muchas cosas raras que Alec había hecho y que había achacado a su poca energía o bien a su incapacidad para el mando. Además, las palabras que acababa de

pronunciar ante el micrófono le acusaban de modo rotundo.

—Defiéndete, si crees que eres inocente —- dije con frialdad.

Bourval continuó:

—-Usted provocó una explosión en la cámara de mandos de la nave fingiendo luego que era un meteorito. Señor Duvrac, ¿ha encontrado usted algún fragmento de dicho meteorito en el examen que practicó del lugar citado? Recuerdo que un meteorito de tal tamaño puede fragmentarse, pero no desaparecer de modo total. Siempre deja algún rastro.

Las palabras del hombrecillo coincidían con las pesquisas que yo había efectuado en tal sentido y que habían dado un resultado totalmente negativo.

—No — contesté llanamente.

—Entonces dio la voz de alarma y huyó cobardemente, abandonando a la tripulación y pasajeros a su triste suerte. Sabía que huirían, pero antes inutilizó todos los botes salvavidas, de modo que sólo sirvieran para alejarse en ellos apenas un millón de kilómetros de la nave. Entonces se acabó el combustible de todos, así como el oxígeno, y medio millar de personas murieron, sacrificados a su incalificable conducta. Hemos encontrado alguno de esos botes y, francamente, debieron desarrollarse en ellos escenas espantosas.

«Rabanito» meneó la cabeza.

—Tendrá que responder ante la justicia de su crimen, capitán. De nada le sirvió, porque usted no contaba con el remolino que acabó llevando la «Pulchra» a esta, región del espacio. Dejó pasar unos años con el fin de que se acallase el escándalo y se olvidase el suceso y luego empezó a actuar, encontrándose con la sorpresa de que la nave no estaba en el lugar donde usted esperaba hallarla. El remolino la atrajo y de no haber sido por una afortunada casualidad, no la hubiese encontrado jamás. Pero carecía de dinero para financiar una expedición semejante, porque ahora ya no era solamente la «Pulchra» sino las demás naves que hay aquí las que le interesaban, y la posibilidad de un botín fabuloso, colosal, le cegó.

Entonces comprendí por qué el falso Dávalos no había reconocido a mi esposa. Claro que en veinte años, yo ya no me acordaba si se habían conocido antes o no, pero estoy seguro de que el auténtico tenía que conocer forzosamente a Eva y, sabiendo esto, no hubiera dado un mal paso al enseñarme el medallón que le había quitado del cuello.

Lavesant comprendió también la suerte que le aguardaba. Lanzó un rugido y echó mano a la pistola.

«Rabanito» tenía ya prevenida la suya y disparó. Yo también lo

hice, ciego de ira por unos momentos. Lavesant murió instantáneamente, fulminado por la doble descarga.

Acto seguido, el incomparable Bourval se acercó a los mandos y cerró desde allí la compuerta exterior.

— ¡Lavesant! —llamó por la radio.

— ¿Qué hay? —contestó el aludido con tono habitualmente orgulloso.

—Lamento tener que decirle que su padre ha muerto y que todos sus planes, tan cuidadosamente elaborados, se han ido al diablo. Tiren las armas, entréguense y no les pasará otra cosa que unos cuantos meses de cárcel. A fin de cuentas, ustedes no han cometido ningún delito grave. Pero si se entercan en resistir, no sólo agravarán su situación, sino que vendrán unos patrulleros que quizá no usen de tanta consideración como yo.

Cerró la radio y nos guiñó un ojo pícaramente.

—Tirarán la esponja, ya lo verán —declaró «Rabanito», enormemente satisfecho, dándolo por sentado.

Y viéndole actuar, estoy seguro de que así sería.

—Pero, bueno — exclamé —, ¿puede saberse quién es usted?

—Mi nombre ya lo sabe — respondió el hombrecillo —Mi verdadero cargo es Inspector de los Bienes del Gobierno. Por eso estoy aquí, señor Duvrac. Hace ya tiempo que andábamos sospechando que no era posible que se hubiesen esfumado tantas y tantas naves desaparecidas. Tenían que estar, forzosamente, en algún sitio. —Suspiró cómicamente —. La de sabios que vendrán ahora para estudiar este raro fenómeno.

Me volví hacia Olga.

—Condesa — dije -—, mucho me temo que ahora habrás de volver a tu puesto en los archivos.

— ¡Gastón!—exclamó—. ¿Es que no...?

La tomé por los hombros y la atraje hacia mí.

—Querida, he de comunicarte que en esta expedición consumí todos mis caudales. Ahora soy un hombre pobre y tendré que recurrir a la benevolencia de los extraños para encontrar algún trabajo.

Olga sonrió encantadoramente.

—Oh, si no es más que por eso... No me importa ya nada, sino estar a. tu lado, querido. Para siempre.

—No tendrán que preocuparse por el problema económico — dijo la inagotable fuente de sorpresas que era «Rabanito» —. Por el hallazgo de todas estas naves, las compañías armadoras y las de

seguros les darán un buen porcentaje. Eso les pondrá a cubierto de toda necesidad para el resto de sus días. Recuerden el artículo ciento Setenta y tres de la Ley de Navegación Espacial. Pueden obtener hasta el veintiocho por ciento.

—Yo no me conformo con menos del ciento por ciento… de Olga — dije, apretándola contra mí.

—Es tuyo — murmuró ella muy bajito.

Permanecimos así unos instantes. Mientras la abrazaba, pensé en mi hija, muerta, vagando su cadáver por los espacios eternamente, por la vesania de un hombre cegado por la codicia. Pero luego volví a notar el cálido y reconfortante contacto del cuerpo de Oiga y me dije que aún era lo suficiente joven como para esperar, no sólo un hijo, sino hasta media docena.

En aquel momento sonó una voz por el megáfono.

—Señor Duvrac — dijo alguien —, ábranos. Nos entregamos.

«Rabanito» rio satisfecho.

—Ya lo decía yo — exclamó —. Vamos a recogerlos a todos.

Marignan vino con nosotros. Los tres íbamos armados y resueltos a concluir de una vez con aquella situación.

Media hora más tarde, ocho abatidos piratas quedaban encerrados en sus camarotes. Yo volví junto a Olga. Ella apretó su rostro contra el mío.

Sentí que la felicidad volvía a mí. Y para que no se escapara, la apreté contra mi pecho con todas mis fuerzas.



Era un hombre obsesionado… ¿por qué?

Una sola palabra de cuatro sílabas y ocho letras le ponía al borde de la locura… ¿por qué ?Era un hombre obsesionado… ¿por qué?

¿Por qué sus manos se crispaban y su rostro parecía envejecer diez años cada vez que oía pronunciar la palabra…?

Lea

OBSESIÓN

Una novela de *CLARK CARRADOS* dura, realista e impresionante, llena de hechos alucinantes que le harán estremecerse.

¡LO QUE FALTABA EN EL MERCADO! ¡LO QUE USTED ESTABA ESPERANDO!

Una colección que le proporcionará una emoción distinta y una lectura con más sabor, más intriga y más espectacular idad. La colección…

S. I. P.

Las andanzas de la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE, defendiendo la Ley y la Justicia, no sólo en la Tierra, sino en los nuevos planetas que el hombre está conquistando.

S. I. P.

La más intrigante y dinámica serie de novelas que jamás se han editado.

¡UN REGALO DE HORAS FELICES!

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa *señora Candy*, el tímido e inocente *señor Petit*, los turbulentos *Blanche* y *Eddie* y el imponderable fantasma del *señor Candy*, son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilaran para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEÍDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE, EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MAS FRAGANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo…

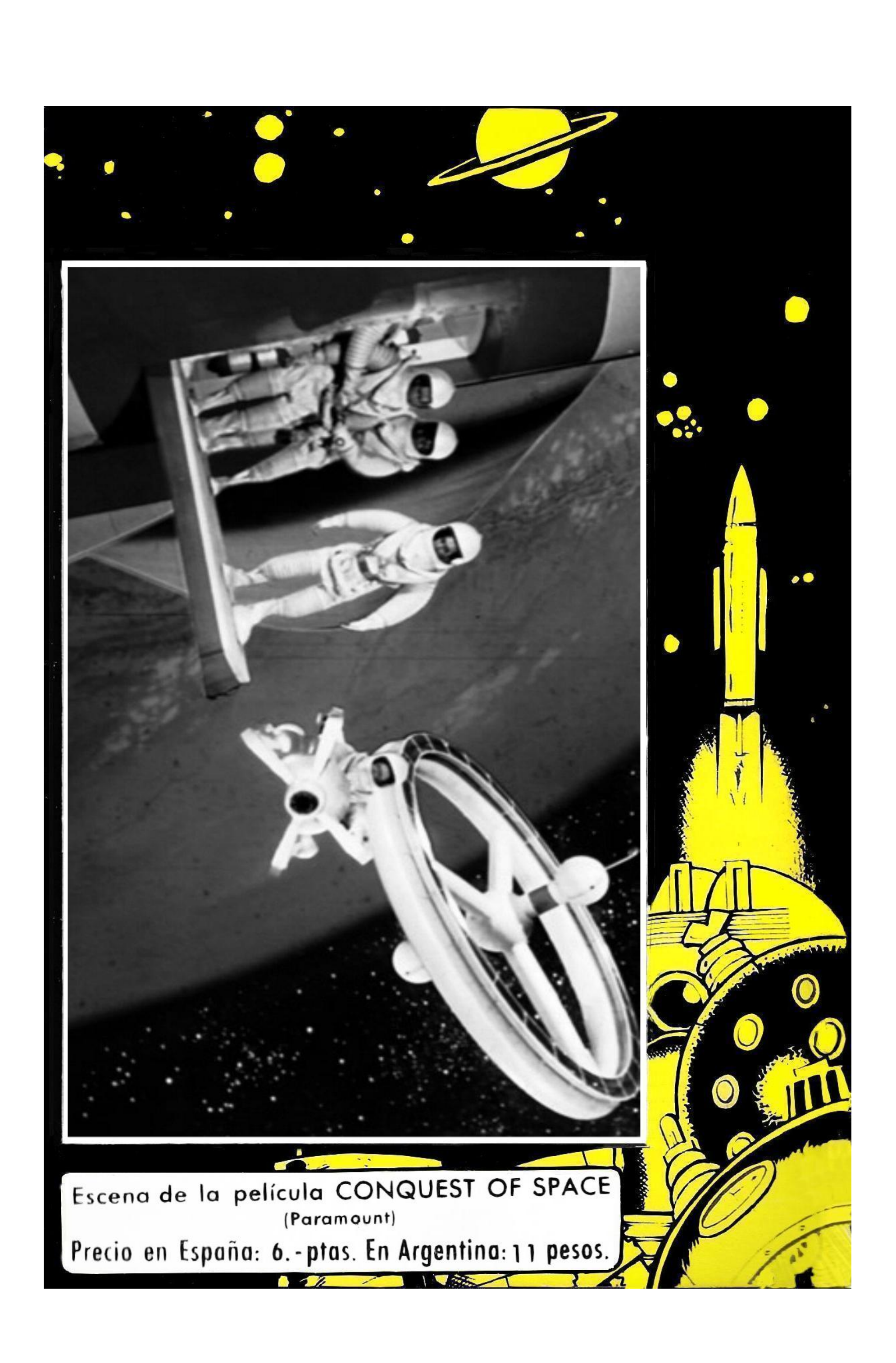
SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO

LIBRO… ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

PRECIO: 60’ — Ptas.

Es una selección literaria de

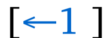
EDICIONES TORAY, S. A.



Escena de la película CONQUEST OF SPACE
(Paramount)

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 11 pesos.

Notas



No hay que confundir la edad temporal con la edad física. La primera es la que se tiene según el cómputo del calendario a partir de la fecha de nacimiento de cada uno. La segunda es muy distinta y suele ser inferior a la temporal, dados los fenomenales avances de la ciencia en este sentido, que han llegado a prolongar, en las fechas en que escribo este relato, la vida humana en casi un sesenta por ciento más del promedio de finales del siglo XX, como podrá verse en las páginas que siguen.

[←2]

Buque u objeto abandonado en el mar, en este caso en el espacio sideral.